

LEYENDO A RANCÉ*

Las páginas que siguen van a ofrecer, por medio de una lectura muy sencilla de algunos textos de Rancé, sacados de su obra maestra '*Sainteté et devoirs de la vie monastique*', la posibilidad de conocer perspectivas muy interesantes de la doctrina del reformador de la Trapa. Esta doctrina saca su fuerza de una rica y bien fundada espiritualidad, y es muy provechoso investigar este *humus*.

En primer lugar, es necesario dar una ojeada rápida, casi a vuelo, a la situación política y religiosa de aquel 'gran siglo' en que Rancé vivió. Esto proporcionará la posibilidad de una mejor comprensión de su espiritualidad.

Introducción histórica

Francia en el siglo XVII

Francia en el siglo XVII, guiada por hombres de estado inteligentes y deseosos de su grandeza, adquirió poco a poco rasgos de gran potencia, y, pasando por vicisitudes sociales y políticas verdaderamente dramáticas, se convirtió en el corazón de la nueva Europa.

El siglo XVII es a menudo conocido como "barroco" ; pero esta denominación no es del todo exacta para Francia. Sólo expresa bien la realidad francesa de la segunda parte del siglo, identificada en su totalidad con el reinado de Luis XIV. El *gran siglo* francés es, en su conjunto, un período histórico muy interesante, y a veces fascinante, para quien desee profundizar en este estudio. Se puede afirmar que se desarrolla en un doble escenario, esto es, las dos mitades del siglo, muy distintas entre sí. Por esto es necesario hacer una breve alusión al ambiente histórico-político-religioso, durante el cual empezó y se desarrolló la vida de Rancé, antes de empezar a hablar directamente de su enseñanza, a través de la lectura de *Santidad y deberes de la vida monástica*.

Hijo de una de las familias más favorecidas en el ambiente de la corte de París¹, junto a su cuna brilló la púrpura del Cardenal Richelieu, su padrino de Bautismo y el gran protector de su familia y juventud. Él creció familiarizado con los príncipes y María de' Medici quiso muchísimo este niño tan cariñoso e inteligente. Cuando a los once años se vio obligado a suceder en la carrera eclesiástica a su hermano muerto, era ya un hombrecito de espada, preparado para emprender la carrera militar. Obligado a fuerza a una vocación que no era la suya, el joven Rancé se dejó conquistar y seducir por lo encantos y astucias de la vida mundana. Por su temperamento vivo y leal, se hizo distinguir y admirar en medios de los ambientes que frecuentaba. Después de su conversión, su personalidad de reformador destacó entre todos los grandes maestros de la vida espiritual del siglo XVII.

Condiciones político-sociales

El siglo comenzó con buenos auspicios y esperanzas, que muy pronto se desvanecieron².

Enrique IV de Borbón Navarra, ascendido al trono después del asesinato de Enrique III, en 1589, parecía dar buenas garantías de paz y optimas relaciones con Roma, sobre todo después de su conversión al catolicismo (1593). Este último acontecimiento le había proporcionado la posibilidad de ver coronados sus hábiles esfuerzos militares y diplomáticos. Reconocido como único rey de Francia por los Estados Generales de 1593, se mostró amigo de los católicos, pacificador y mediador, sobre todo después de la publicación del Edicto de Nantes, 13 de abril de 1598. Perfectamente secundado por su ministro Sully, el Rey fue hombre de amplitud de miras; él, en efecto, soñaba con dar a Europa un nuevo equilibrio. No obstante estas promesas, Enrique IV, ya en 1604 tomó las armas, y ofreció a los holandeses declarar la guerra a España. Pero, precisamente en vísperas de iniciar nuevas hostilidades, fue asesinado el 14 de mayo de 1610³. No viene ahora al caso descender al detalle de estos sucesos, pero sí es útil tener presente cómo este siglo se caracterizó por las guerras, siendo la más famosa la de los Treinta Años. La enemistad con las casas de los Ausburgos de España y de Austria obligó a Francia a enormes sacrificios, no sólo para financiar con hombres y dinero las intervenciones directas en todas las fronteras del país, sino también para subvencionar a los aliados, comprometidos en este inmenso esfuerzo de frenar las aspiraciones expansionistas de los Ausburgos. Fue realmente el enfrentamiento de dos titanes. La paz de Westfalia de 1648, y la de los Pireneos de 1659, señalaron el fin de las hostilidades⁴.

En esta primera mitad del siglo, Richelieu se reveló artífice insuperable de la historia.

Él, practicando su política sin ningún escrúpulo, fraguó la futura grandeza de Francia. Muchas familias, los pequeños burgueses de provincia, impulsadas por las nuevas perspectivas que se anunciaban ya desde los primeros decenios del siglo, se habían acercado a París en busca de riqueza, de nobleza y de poder. Así le sucedió a la familia Le Bouthillier de Rancé, que consiguió un nivel envidiable en la corte. Las dramáticas vicisitudes que sufrieron muchos personajes famosos marcarán indeleblemente la vida de toda la familia y también la de Armand-Jean. De hecho, numerosos amigos de Rancé se verán implicados personalmente en las aventuras de la 'Fronde', y estos acontecimientos tendrán un notable influjo en las relaciones entre el omnipotente Mazarino y el 'abbé' Rancé.⁵

Aunque la Monarquía reafirmó de manera cada vez más absoluta su autoridad, sobre todo durante el periodo del Rey Sol, dando externamente impresión de inmovilismo, en este siglo se produjeron profundos cambios en el modo de gobernar hasta el punto de que historiadores de reconocida autoridad han utilizado el término 'revolución' al tratar de la creación de comisarios de provincia a partir de 1635, o de la reforma del Consejo Real de 1661. La lucha entre oficiales y comisarios desencadenó los cambios, bajo la apariencia formal de estabilidad. Imperceptiblemente se pasó a una administración y un gobierno 'ejecutivos', a través de la creación de una burocracia extensísima, encarnada en un cuerpo de funcionarios numeroso y aguerrido. Todo esto cambió de forma irreversible las relaciones de equilibrio entre las clases sociales. Además favoreció el formarse de nuevos grupos y estratos sociales.

En la segunda parte del siglo, la implantación del nuevo poder monárquico no se opuso a esta estructura ya extendida; en vez de deshacerla, se sirvió de ella en el campo fiscal, de su organización militar y de poder público. La fuerza de este estado se afianzó a base de la alianza entre el poder central, la comunidad, las instituciones corporativas y los poderes autonómicos locales.

La subida al trono y después el poder absoluto de Louis XIV, hicieron cada vez más difíciles y distantes las relaciones con Roma, y la vida de la Iglesia en Francia estuvo por un largo tiempo dominada por el poder del estado, reafirmando la independencia del soberano respecto de la autoridad del Papa, declaración del clero galo de 1682⁶. Hay que llegar a Inocencio XI, para encontrar una figura de pontífice capaz de oponerse eficazmente a Luis XIV. Hay que llegar también a Alejandro VIII y a Inocencio XII, para ver encauzado el proceso de reconciliación entre los dos poderes⁷.

Con el gobierno de Luis XIV cambió también la situación de los nobles, ellos fueron, en cierto sentido, aislados y encerrados en Versalles, verdadero paraíso en la tierra, exonerados de los poderes conquistados heroicamente en la Edad Media.

En el deseo del Rey de unidad religiosa del país, no se debe ver otra cosa que el designio, de aplicar las reglas del absolutismo en toda su extensión. Pues debía reinar un paralelismo perfecto entre el orden político-civil-temporal y el orden espiritual-religioso-sobrenatural.

Estas reflexiones no son inútiles, porque las consecuencias de tal planteamiento fueron radicales y duraderas y tuvieron una profunda influencia en la formulación de leyes y del derecho civil y penal. No se piense que se quisiera llegar a la separación entre la esfera religiosa y la del Estado; al contrario, se produjo una estrecha colaboración entre los dos poderes; pues el objetivo común que les movía a obrar así era 'el bien del hombre'.

De hecho, se atenuaron las características específicas de la esencia de las dos sociedades. La sociedad civil asumió poco a poco rasgos de sacralidad típicos de la sociedad religiosa, y esta, lo que es más grave, adoptó medios legales más propios del gobierno temporal que del eclesiástico.

El siglo XVII fue para Francia un siglo también difícil por causa de acontecimientos meteorológicos extraordinarios⁸. El sucederse de numerosas epidemias y la carestía generalizada hicieron aun más dura la vida de la gran masa de población, que ya antes vivía en estado endémico de miseria. Se multiplicaron las revueltas del pueblo en las ciudades y las bandas de malecheros en el campo⁹. La caída general de la economía, sobre todo después del 1680, hizo difícil la vida hasta para las clases más elevadas.

Rancé, no pudo ignorar esta situación, sobre todo en las relaciones con sus vecinos y con los que llamaban a la puerta de la Trapa para pedir ayuda.

Todo esto ha dejado a la larga, la imagen de un siglo muy negativo en la cultura histórica, de crisis y de estancamiento de las fuerzas vivas. El formalismo y la hipocresía dominante en las costumbres, sobre todo en la segunda mitad de siglo, intentaron imponer modelos sociales rígidos en la cultura y en la mentalidad, formulas y criterios fijos de interpretación y un sentido dramático y violento en la realidad social. Fue un amplio movimiento defendido con la creación y difusión incontenible de libros de crónica. Desde 1611 el Estado tenía ya un periódico oficial, el *Mercurio Francés*, dirigido por el *Père Joseph*. Cuando en 1631 Teofrasto Renaudot fundó la 'Gazette de France', el mismo Richelieu le confió sus artículos confidentiales. En 1634 el Cardenal, sabedor de que algunos literatos se reunían junto a un secretario del Rey, Valentino Conrart, les obligó a constituirse en asociación privilegiada, l'*Académie Française*, dándose a sí mismo el título de Protector. La difusión de la predicación religiosa popular, el nacimiento de la propaganda política de masas, el periodismo, los panfletos, hojas volantes y los manifiestos fueron otros tantos vehículos de información.

Hay que tener siempre muy presentes estos acontecimientos históricos, para la justa valoración de los acontecimientos de la vida y del proceder de Rancé. Él fue siempre un monárquico leal, y sus relaciones con el Rey muy buenas, pero condicionadas por el desarrollo de la situación político-religiosa en Francia. De modo particular durante la puesta al día de la reforma, su prudencia se reveló muy importante.

Condiciones religiosas ¹⁰

En lo que hace relación al aspecto religioso, el siglo XVII en Francia, aparece con una riqueza extraordinaria, sobre todo en su primera parte. En el campo estrictamente teológico, existía un gran deseo de pacificación entre los defensores y adversarios de las teorías del Molina y la Iglesia en sus escuelas teológicas más importantes: la agustiniana, la tomista y la molinista¹¹, se abrió y acogió finalmente las decisiones del Concilio de Trento. La vida religiosa se ampliaba y profundizaba cada vez más con las

experiencias elevadísima de sus grandes escuelas de espiritualidad cuyos maestros, Francisco de Sales, Bérulle y Condren, tuvieron una influencia enorme en el mundo religioso y marcaron una época.

Las reformas de las Órdenes religiosas, iniciadas en el siglo anterior, fueron llevadas a término con tenacidad y con la ayuda del mismo Estado que veía en ellas un medio de pacificación de las clases populares y la posibilidad de controlar mejor la situación social. De hecho estas reformas llevaron a la vida de la Iglesia una riqueza de fervor y de santidad extraordinaria¹². Destacaron los capuchinos por su pobreza y su misticismo; los cartujos por la severidad de su regla, centrada en la riqueza del silencio, de la soledad y de la cultura sacra; los jesuitas por la actualización de sus criterios educativos, y también sus antagonistas, los oratorianos, así como los sulpicianos, y los lazaristas. Alrededor de los monasterios y de los conventos se afianzó la piedad de los fieles, con efectos notables para la devoción y también para la superstición¹³. El aspecto que hace relación a las devociones es francamente importante, muy variado y controvertido.

De entre todas ellas la que pudo interesar también la reforma de Rancé fue la devoción a la Eucaristía. El Protestantismo y su negación de la presencia eucarística impulsaron ciertamente a la Europa católica a intensificar la devoción a la Eucaristía, y Francia tuvo un puesto importante en este movimiento. En este tema tanto la enseñanza de los jesuitas como la de los oratorianos fue convergente. En la Trapa Rancé, aun en la absoluta austeridad de su reforma, tuvo siempre en grandísimo honor a la Eucaristía.

Otra devoción muy conocida en aquel siglo fue a la Santa infancia de Jesús y Rancé la cita muchas veces en la dirección espiritual de sus hijos.

Con la fundación de nuevas Órdenes religiosas los trabajos de reforma, en un principio limitados a la vida monástica, comenzaron a influir también en la vida social a través de las obras de caridad, especialmente las de san Vicente de Paúl y de la enseñanza, de los jesuitas, oratorianos, lazaristas y ursulinas.

El espíritu misionero llenó todo el siglo. Las misiones se extendían por el interior de Francia para la conversión de los protestantes y la catequesis de los católicos, y se extendían también más allá del océano. Son famosas las de la evangelización del Canadá, donde el martirio estuvo a la orden del día.

Muy pronto aparece un áspero contraste entre el fervor del mundo monástico y conventual y el relajamiento¹⁴ del clero secular¹⁵. El estado de abyección en el que se encuentra este último induce a los más sensibles al fuerte deseo de un nuevo resurgir. A las fórmulas ya difundidas de espiritualidad monástica y a la escuela espiritual salesiana, muy pronto se añade una fecunda fórmula de espiritualidad sacerdotal. Quien la difunde es un hombre excepcional, después cardenal, Pedro de Bérulle¹⁶. Entre otros numerosos santos de este siglo, se encuentran también los sacerdotes de la Misión, a los que pertenecen hombres como san Vicente de Paúl y de Condren¹⁷.

Por otra parte, la aceptación de las decisiones de Trento permitió a la Contrarreforma Católica desplegar en Francia toda su capacidad regenerativa.

De este modo, el clero secular logra recuperar el ascendente debido a su misión pastoral. Esta nueva influencia que el clero secular va adquiriendo, tiene, como aspecto paralelo, una regresión del clero regular. Siendo evidentes las limitaciones humanas, las batallas y controversias que acompañaron este cambio, debemos admitir que ellas liberaron a Francia de la indiferencia religiosa, ya que su resonancia llegó mucho más allá de los ámbitos meramente eclesiásticos. Los puntos de referencia, los lugares donde se debatían los temas, donde se conocían las últimas novedades, donde se condenaba a quien osaba, de alguna forma, ponerse en evidencia, eran los 'salons' de las casas elegantes y aristocráticas.

La cultura francesa contemporánea, estaba, pues, señoreada por los problemas de la gracia y de la salvación, y el gusto de la 'causerie'¹⁸ se aglutinaba en torno a este tema. El ruidoso charloteo de los 'salons' dominaba la sociedad: política, cultura, devoción, estaban dirigidos por las ideas lanzadas desde estos ambientes, en los cuales se perfeccionaban el espíritu y el lenguaje¹⁹.

Rapin en su *Mémoires*, permite conocer este aspecto de la sociedad francesa, en el que Rancé estaba presente y era apreciado.

"El gran teatro en que se proclamaba con más fuerza, y aun con aplauso, el evangelio de Port-Royal, era en aquel momento el Palacio de Nevers ... junto a la condesa du Plessis, la mujer del secretario de Estado. El refinamiento de la casa que le hacía los honores, las comidas suntuosas – de hecho la mesa preparada con extrema elegancia y suntuosidad – la sociedad más refinada de París, gente de toga o de corte, y todo género de entretenimiento del espíritu, atraían a tantas personas de la clase alta, que aquello se convertía en la concentración más universal de la *cábala*. El Obispo de Comminges ... el príncipe de Marillac, el duque de La Rochefoucauld, ... la marquesa de Liancourt, la condesa de La Fayette, la marquesa de Sévigné, d'Andilly de Pomponne, después secretario de Estado, l'abbé de Testu, amigo íntimo de la condesa du Plessis, charlatán astuto, esclavo de las vanidades, *vapor*, del mundo, l'abbé Rancé, hombre agradable y espiritual, que fue después el famoso abad de la Trapa, los Barillons, y toda la juventud distinguida que entonces florecía en la ciudad o en la Corte, frecuentaban habitualmente este palacio, o iban a Fresne, casa de entretenimiento de la condesa a siete leguas de París. ... No todos los que allí se encontraban pertenecían al 'partido', jansenista. La mayor parte de los que iban lo hacían por espíritu de intriga y curiosidad ... y por conocer los nuevos acontecimientos de Port-Royal ... Pero no sólo era en el palacio de Nevers donde los patriarcas y profetas de Port-Royal comían bien; pues, de hecho, era gente que, por la gran estima que tenía de sí misma y de sus méritos, tenía que tener mucho cuidado de la propia persona ... Mientras los notables vivían así, la

gente común hacía 'penitencia, para practicar las reglas del nuevo *credo*. ... Para concluir, digamos que este estilo de la buena mesa comenzaba entonces a reinar entre los importantes de Port-Royal ²⁰.

En pocas palabras este testimonio hace conocer al ambiente en que Rancé vivía, algunos de sus amigos de juventud, y hace un preciso juicio acerca de aquel Jansenismo, que tanto espacio ocupaba en la vida de la Iglesia y en las relaciones entre París y Roma.

La sociedad francesa de este siglo, imbuida por una cultura extremadamente sutil, se manifestaba generosa a la vez que hipócrita, interesada por la problemática religiosa más distinta y libertina al mismo tiempo. Esta complejidad fue determinante en la vida de Rancé.

El jansenismo

Entre estos ardores de renacimiento espiritual, que caracterizan Francia y los países de lengua francesa de la primera mitad del siglo XVII, hay que reseñar también el pensamiento de Cornelio Jansen, apodado Jansenio, del latín Jansenius.

Su obra monumental *Augustinus* fue el origen del movimiento que tuvo el nombre de Jansenismo²¹.

Tomar partido por el jansenismo significó, en algún momento, no solamente aliarse a favor de una concepción extraordinariamente austera, elegir un tipo de cultura esencialmente francesa, sino también manifestar oposición a la Iglesia romana. El jansenismo fue asumiendo, poco a poco, aspecto galicano, antiromano y conciliarista.

El verdadero fundador del jansenismo fue Jean du Vergier de Hauranne, abad de Saint-Cyran²², y Antonio Arnauld fue su alumno y penitente²³, pues, en realidad, el jansenismo tomó de Jansenio sólo el estímulo doctrinal del *Augustinus*²⁴.

La variada suerte histórica de este movimiento es bien conocida. Sin embargo, la lucha contra sus aspectos doctrinales más peligrosos tuvo influjo positivo. A esta lucha contra el jansenismo se debe un nuevo despertar del fervor católico, y el retorno a muchas tradiciones antiguas, que de seguro se hubieran perdido.

Rancé nunca participó en este movimiento. Al contrario, muchas veces manifestó su distanciamiento con expresiones tajantes. 'Nunca pertenecí a otro partido que al partido de Jesucristo y de su Iglesia²⁵'. A pesar de que él fue siempre fiel a sus antiguas amistades, y nunca traicionó a los amigos. Respetuoso de los tiempos de Dios, siempre abrió las puertas de esperanza y de salvación de la Trapa a los que manifestaban vocación monástica, que se convertían y aceptaban el compromiso de no hablar nunca de asuntos teológicos. La Trapa fue, por así decir, el testimonio de que era posible vivir el cristianismo de una forma concreta y transparente, con austeridad y fervor, permaneciendo al mismo tiempo fiel a la enseñanza de la Iglesia.

Después de esta visión general político-religiosa, conviene examinar con atención algunas de las obras escritas por Rancé, en particular *Sainteté et devoirs de la vie monastique*, que fue considerada su obra maestra, y luego describir las líneas fundamentales de su enseñanza espiritual, esencialmente cristológica. De este examen, aunque parcial, resultará claro el camino de conformación del monje con Cristo. Para conseguir esto, he aquí sólo alguna de las inquietudes más interesantes de su doctrina: los votos religiosos, la vida de comunidad, la caridad, la oración.

Los escritos de Rancé

El abad Rancé escribió mucho y casi únicamente obras relativas a la reforma y en favor de ella²⁶. Así que es fácil encontrar en allí los rasgos principales de su mentalidad, y de su manera de concebir la vida cisterciense.

La más importante de sus obras fue *Sainteté et devoirs de la vie monastique*. Durante su vida monástica nuestro Abad dio muchas conferencias y instrucciones a sus monjes. Muchos amigos le pidieron que las publicara. El primero en hacerlo, según Pierre de Maupeou y Louis Dubois, fue l'Abbé Le Maître de Châtillon.

En el desarrollo de esto acontecimientos, desempeñó un papel muy importante Maisne²⁷, un personaje no siempre positivo, que, a la muerte de Don Rigobert y antes de la enfermedad de Rancé, fue nombrado su secretario a tiempo fijo y a continuación enfermero; muy grande tuvo que ser su alegría cuando Rancé le entregó el manuscrito completo de su obra.

La primera edición de *De la sainteté et des devoirs de la vie monastique* fue en 1683. En el prólogo, el autor dice que escribe exclusivamente para sus monjes:

"Compuso esta obra un religioso empeñado en la conducta de las almas; quien después de haber gastado una gran parte de su vida en formar y sostener en el camino del cielo aquellos que la divina Providencia había puesto a su cargo, ha procurado hacer, por su pluma, lo que ya no podía de palabra. No se propuso escribir para el público, ni tratar todos los deberes de la vida monástica, sino hablar tan solamente a sus propios religiosos ²⁸".

Leyendo *Santidad y deberes de la vida monástica* uno tiene la impresión de que él previó también lectores que no fueran monjes, a juzgar por la extensión de las dificultades a las que responde. Es cierto que antes de aceptar la publicación, Rancé aguantó muchísimo y, según un relato, quizá tendencioso, dos veces intentó quemar las hojas manuscritas, por miedo a las consecuencias que habría podido tener la publicación de esta obra. En realidad, las cosas pasaron de manera más sencilla. Parece que el mismo Rancé había autorizado la redacción de cuatro o cinco ejemplares para sus monjes, sin controlar siquiera

lo que hizo Maisne. De todas formas, en 1681 una copia llegó a las manos de Bossuet, sin que Rancé lo supiera. Bossuet visitó la Trapa en 1682, y consiguió, al fin, su autorización para imprimir el precioso manuscrito. Como el mismo De Sada nos relata, un lector ocasional, profundamente impresionado, se expresó así:

“¡Nunca yo leí algo que fuera tan admirable y tan hermoso! ¡El libro de la *Imitación de Jesucristo* no tiene más moción!”²⁹.

El tono paterno y las numerosas citas de la Escritura, además del gran crédito de que gozaba el autor, hizo que la obra tuviera una acogida muy favorable en los ambientes monásticos. Pero, precisamente en estos mismos ambientes, sufrió las críticas y los ataques más fuertes.

No era la primera situación de crítica y de conflicto en que Rancé se veía envuelto. El largo debate, surgido en 1671, y que se prolongó hasta el 1677, entre el abad de la Trapa y el de Haute-Fontaine, Guillermo Le Roy, sobre la cuestión de las humillaciones ficticias, le había procurado muchas dificultades. Los amigos de estos dos personajes se habían alineado en su defensa, y Le Roy realizó un verdadero sondeo de opinión, sirviéndose de su secretario Germain Vuillart para interrogar miles de personas de todo nivel social, religiosos y laicos.

Las acusaciones, defensas, contraacusaciones, malentendidos, dudas y certezas, manifestadas por ambas partes en esta disputa, son un ejemplo magnífico del ambiente cultural, en el que florecía el contagio de panfletos. Al escribir a Le Roy, intentando hacer razonar a los contendientes se puede ver con cuánto tacto intervino Bossuet en el debate³⁰:

“No sé qué accidente ha sucedido, que he recibido vuestro escrito sobre la carta del señor abad de la Trapa, más tarde de cuanto usted hubiese ordenado. Por fin me ha sido remitido, y quedé edificado de los sentimientos de humildad, de caridad y de modestia que Dios os ha inspirado en esta ocasión.

Reconozco con usted que no se le puede condenar sin haber visto la *Dissertation* que ha sido la causa de la carta; los que no la vieron, no teniendo alguna razón para criticarla, deben presumir de su inocencia.

Sin querer juzgar lo que hay de personal, hay motivo para alabar a Dios por el hecho que usted y M. el Abad están sustancialmente de acuerdo...

Si el Señor Abad de la Trapa le atribuyó un sentimiento que, como usted dice, no le pertenece absolutamente, usted mismo no cree que lo haya hecho para hacerle daño, al máximo se podría pensar que entendió mal su pensamiento. Al final de las cuentas esto es un error excusable.

Las palabras fuertes y duras de las cuales se sirve en su carta, no caen entonces sobre usted, mas sobre una opinión que los dos juzgan dañina.

Por aquello que se relaciona con la impresión, crea usted sobre su palabra que no ha tenido ninguna participación. Yo puedo asegurar que toda la cosa se ha metido en movimiento por casualidades de las cuales no fue absolutamente la causa.

...He leído y releído esta sancta carta y todas las veces que la he leído me ha parecido, Señor, de ver revivir en un día el espíritu de aquellos antiguos monjes de los cuales el mundo no era digno y esta prudencia celestial de los antiguos abades, enemiga de la prudencia de la carne que trata con principios y métodos tan seguros, los males de la naturaleza humana.

Entonces deje correr esta carta ya que Dios permitió que fuese publicada. ...Las reflexiones aunque si modestas, están todas dirigidas a que se de una gran culpa a M. de la Trapa, una culpa que seguramente no tiene; efectivamente él no ha tenido alguna parte en las copias que han sido distribuidas de su carta manuscrita ni de la impresión que ha causado...”.

Juan de Sada.

Ha aparecido el nombre de Dom Juan de Sada. Él fue quien tradujo *Sainteté et devoirs de la vie monastique* del Francés, añadiendo al título estas palabras:

“Obra utilísima para todos los religiosos y singularmente para los profesores de la Regla santa”.

Sigue después manifestando muy ampliamente su veneración por Rancé y una gran estima por su libro.

Dom Juan de Sada enriquece su traducción con un ‘sumario’ de la vida de Rancé y varias anotaciones curiosas, muy interesantes, que revelan el conocimiento que tiene de las ‘Vidas’ de Rancé, en particular la de Pierre Le Nain y la de Pierre de Maupeou.

El juicio entusiasta que el traductor³¹ manifiesta, y el número de reimpressiones, nos demuestran la difusión y la autoridad espiritual que tenía este trabajo, un siglo después de su primera edición. Dice Juan de Sada en su prólogo:

“Hermanos, y señores míos,

El amor especialísimo que profeso a cada uno de Vms. me da licencia y facultad de hablar, y presentarles este libro. ...Miro con delicia y con asombro la eminentísima pureza y santidad de nuestra vida en el asombroso libro *De la Santidad y deberes de la vida monástica*. Miro con dolor el fondo de nuestras soledades despojado de este preciosísimo tesoro, capaz de enriquecer a todo el Orbe monástico. Miro infinitos de Vms. codiciosos, y ambrientos de este sagrado pan, que nadie les quiere cortar.

...Voy a presentar a Vms. un libro que con el tiempo dará en manos de muchos Religiosos relajados, ignorantes de sus obligaciones, amantes de libertinage, enemigos de el retiro, obediencia y sugestión. Gentes que leyeron su Regla sin meditarla, sin amarla, y sin practicarla. Este libro emana tanta luz, que semejantes entendimientos, casi por necesidad le han de alucinar... Vms saben que para errar los caminos de Dios, donde entran pocos, basta seguir la multitud, y mucho más sino se ve estampada en sus pisadas la marca y cuño de los santos. Este libro es un tejido primoroso de las hebras mas finas de la Escritura y Santos Padres ... Lean sin preocupación ... Abandonen su espíritu a los impulsos

Celestiales y blandas impresiones que estampará en su corazón la gracia, mediante su lectura ... Entonces verán Vms. cuánto hierran los que imaginan un hombre austero, rudo y sin misericordia en el gran reformador de la Trapa; porque verán un varón lleno de ternura, clemencia y caridad³²”.

Palabras sencillas y que nos transmiten el gran corazón de padre que tenía también el Maestro Juan de Sada. No es ahora el momento de profundizar, a poco que sea, sobre este personaje, algo desconocido. Sería un trabajo muy interesante sobre todo para documentar cómo la cultura ispanica se ha aproximado a la doctrina de Rancé y, al traducir sus obras, ha intentado, transmitir todo su sentido profundo. En todas las expresiones de Juan de Sada se transparentan admiración y respeto fervoroso a su Maestro.

“Sobre las ediciones de esta obra sólo puedo decir que en el *Prólogo al comentario de la Regla*, impreso en 1689 a 2 de Abril, ya cita el autor su tercera edición de los *Deveres*, y, por consiguiente, se imprimieron tres veces en seis años. Que las *Ilustraciones de algunas dificultades que se formaron sobre el libro De la Santidad y Deveres de la vida monástica* se imprimieron dos veces en un año. La segunda, que se debe contar por cuarta para los *Deveres*, en 1686, y la quinta en 1701. Y así corresponden 5 ediciones en 18 años. No tengo noticia de más, sólo sé que todas se agotaron y que hoy no se alla venal ni un solo ejemplar³³”.

El Reverendo Padre Maestro, Dom Juan de Sada, como advierte en el mismo frontispicio de su traducción, era:

“Monje cisterciense de la Congregación de los reynos de Aragón y de el de Navarra, de el Real Monasterio de Santa María de Piedra, Cathedrático, que fue de prima en el Colegio de San Bernardo de Huesca, y hoy director de el Real Monasterio Cisterciense de Nuestra Señora de el Patrocinio, Extramuros de la Villa de Tamarite”.

Él fue también padre benemérito de toda la Orden del Císter, examinador sinodal, consultor general y visitador del Monasterio de Santa Susana de la Trapa.

Sainteté et devoirs de la vie monastique.

El abad Rancé empieza definiendo al verdadero Religioso:

“Un hombre que, habiendo renunciado al mundo y a todo lo que él tiene de sensible y perecedero por un voto solemne, no vive más que para Dios y no se ocupa más que de la eternidad³⁴”.

Las largas explicaciones que siguen no quitan nada a la severidad de este enunciado. Hay que llegar al capítulo 7, para percibir, en cierto modo, la sorpresa de descubrir el sentido profundo de todo cuanto antecede. Efectivamente, Rancé dice:

“No imaginéis que la integridad con que podréis guardar todas vuestras reglas, vuestra fidelidad en los ayunos, vuestras vigiliass, vuestros trabajos, vuestras mortificaciones, vuestro silencio, y vuestras penitencias, basten para desempeñaros de esta obligación. La caridad de Dios es una disposición totalmente interior, y aunque se espresa con las obras y se declara con las acciones de los sentidos, reside, no obstante, en el corazón y él es quien ama a la verdad. El amor es un afecto del corazón; quando el corazón no obra, no hay verdadero amor³⁵”.

Un poco más adelante, después de haber citado ampliamente a San Francisco de Sales, *Theotimo*, lib. 10, c. 8, sigue así:

“Así, hermanos míos, si queréis cumplir este precepto, *Diliges Dominum* ... amad a Dios como los niños aman a su Padre; unidos a Él por la aspiración y deseo de vuestro corazón, no dejéis entrar en él cosa que no diga relación a la gloria de su nombre. Haced, en quanto permita la inconstancia y fragilidad humana, que sea el único o principal objeto de todos vuestros pensamientos, el fin de vuestras palabras y de vuestras obras. Nada menospreciéis de quanto os mandó, ya sea en su Evangelio, ya en vuestra Regla. Procurad que el cuidado que tendréis de obedecer a sus mandatos no tenga otro fin que el de agradarle³⁶”.

El capítulo siguiente, el 8, habla sobre la persona del verdadero superior y único maestro de la casa. Los distintos oficiales serán dóciles instrumentos en las manos del abad.

El capítulo 9 habla de los deberes del Superior y, si bien con puntos llenos de unción, manifiesta una cierta limitación de ideas. El pasaje más bello es, sin duda, el que concierne a la conducta del superior para con los hermanos, y cómo él debe ganar su estima y afecto, dando buen ejemplo siempre y en cualquier parte, y rezando incesantemente por ellos.

El capítulo 10, sobre la caridad fraterna, nos reserva pasajes muy bellos y edificantes. Se piden el buen ejemplo y la oración, los signos externos de la caridad:

“Debéis dar, pues, a vuestros hermanos todas las muestras posibles de un afecto verdaderamente cordial y puro, y no perder ni una sola ocasión de manifestarles que los amáis³⁷”.

Pero para cumplir con estos deberes es necesario practicar la humildad interior, que nos lleva a estimarnos como el mínimo entre todos, y el silencio, que permite evitar muchos pecados e ignorar las imperfecciones de los otros.

El capítulo 11, trata de la oración. La penitencia es el tema del cap. 12. Rancé la pone bien de relieve, particularmente en sus aspectos de humillación, meditación de la muerte, juicio de Dios, y compunción del corazón. Por lo que concierne a la práctica externa, los instrumentos son: el silencio, la separación del mundo, la austeridad en la alimentación, el trabajo, las vigiliass, la pobreza y la paciencia en la enfermedad. Todos estos argumentos están tratados extensamente en los cap. 13, 14, 15, y hasta el cap. 22. Un magnífico texto, a propósito del modo de acoger el sufrimiento y la enfermedad, nos revela cómo él

mismo aceptaba estos períodos dolorosos de su vida, y porque nunca se cansará de reiterar las mismas ideas, también a los que se acercaban a él a pedir consejo, desde las más variadas situaciones:

“Debe entrar con plenitud de corazón en todos los designios que Dios formó sobre él, y cómo lo hace enfermar, para que el dolor de su mal represente el que Jesu-Christo padeció sobre la cruz, se le asemeje más, y se haga más puro, más perfecto, y más santo. No solamente debe recibir las enfermedades que le vienen con resignación, sino también con hacimiento de gracias³⁸”.

En el último capítulo, el 23, se habla de las mitigaciones introducidas en la Regla y de la legitimidad de éstas. Rancé es muy severo en sus juicios acerca de este tema. Él admite solamente las mitigaciones concedidas *ad majus malum vitandum*³⁹. A partir de aquí, ya se puede entender fácilmente el porqué de su proceder, después de la Bula “In Suprema”, de Alejandro VII.

Esta primera obra de Rancé tuvo un enorme éxito, y muchos la consideraron como el único verdadero tratado de perfección monástica. Así piensa también Juan de Sada. Su publicación incrementó el número de vocaciones y al largo elenco de Órdenes religiosos que se molestaban por la admisión de sus miembros en la Trapa, se añadieron los ‘Feuillants’. Mientras continuaba la controversia que se había enardecido con Mabillon acerca de los estudios monásticos, desaprobados por Rancé, sobre todo en el capítulo del trabajo manual, el mismo Rancé publicó en 1685 un segundo libro:

***Eclaircissements de quelques difficultés que l'on a formé sur le livre De la sainteté et des devoirs de la vie monastique*⁴⁰.**

El Reformador de la Trapa, en este segundo trabajo, sigue el mismo método del primero, pregunta-respuesta, y el mismo tono paterno, sin ironía ni arrogancia. No hay novedades por lo que concierne su manera de ver la vida monástica. Son dignos de atención unos pasajes sobre los estudios, eco directo de la larga querrela con Mabillon⁴¹ sobre este asunto. Concluye su obra citando gran cantidad de bellísimos textos, que son resonancia de la tradición de la iglesia, para contestar al reproche que aquél le había hecho, de haber elevado demasiado el estado monástico. Este último capítulo es una verdadera alabanza del hiermo; un magnífico elogio de la soledad monástica, feliz soledad, única felicidad.

***La Règle de S. Benoît traduite et espliquée selon son véritable esprit*⁴².**

En el Prólogo, el autor puntualiza una vez más las lecturas que deben hacer los monjes, es decir, la Sagrada Escritura y las obras de los Padres.

Después de haber subrayado que el monasterio no está habitado solamente por pecadores en búsqueda de justa penitencia, sino también de inocentes, que Dios ha querido retirar del mundo antes de que fuesen víctimas del mismo, Rancé sigue con una larga demostración sobre la importancia de la humildad y cómo el superior, con toda prudencia, tiene que tolerar a los hermanos en este campo.

Rancé da un valor capital a las humillaciones, no ficticias, sino serias y bien motivadas, por pequeñas que parezcan y de poca importancia. En cuanto a la obediencia, ésta tiene que llegar hasta el heroísmo.

Estas primeras obras son básicas para conocer y estudiar cumplidamente la espiritualidad de Armand-Jean de Rancé. La primera nos lleva a conocer su mentalidad, y las otras dos, la manera con que él mismo ha vivido sus propios principios⁴³.

Su estilo es sereno y perfectamente equilibrado. Sabe dar consejos espirituales muy adaptados a la personalidad de sus interlocutores. No obstante todo, parece preferir siempre los mismos principios, pero lo hace con prudencia y sin pedantería. Es muy notable su paciencia y su total sumisión a Dios en las enfermedades, que fueron numerosas, y durante el ciclón de calumnias y difamaciones que lo afligieron toda la vida. Parece haber practicado, a un nivel realmente heroico, el precepto del Señor: *amar a los enemigos*. Nos maravilla que un hombre de la cultura de Rancé no diese prueba, ni la más mínima, de sus conocimientos, como, por el contrario, hacía su amigo el cardenal Bona⁴⁴. Con toda evidencia, había decidido ofrecer a Dios el sacrificio total de sus riquezas intelectuales al llegar a la Trapa. Una vez más, es perfectamente coherente con sus principios, y en toda ocasión humilde y despegado de todo lo que pueda ser mundano.

***Relations de la vie et de la mort de quelques religieux de l'Abbaye de la Trappe*⁴⁵.**

Esta obra, empezada por el mismo de Rancé, y terminada después de su muerte, tenía que ser, en la intención del autor, la mejor defensa de la bondad de sus ideas. En realidad, aunque pueda tener algunas exageraciones, hay que convenir en que: ‘Ce recueil reste le plus beau des ouvrages de Rancé’⁴⁶. El cáustico Bremond escribió estas palabras, que adquieren una importancia especial. Si estas *Relations* son verdaderas, se debe convenir en que Rancé ha logrado formar una escuela de espiritualidad, con coherencia práctica, única en la historia. Todas estas “Vidas” se resumen en pocas palabras. Después de la entrada en la Trapa, fidelidad eroica a la Regla, y, por fin, santa muerte sobre la paja y la ceniza. La misma mentalidad se entrevé por doquier.

Los puntos edificantes más relevantes son: profundo apego al abad, pues es el representante de Cristo, vida de oración intensa, y gran devoción a la Santa Misa y a la Comunión, que muchos recibían cuatro o cinco veces cada semana, con permiso del abad. Y eran los tiempos del jansenismo. Luego destaca el contacto continuo con la Sagrada Escritura, y una paz y tranquilidad excepcionales frente a la

muerte. Frente a este momento extremo, la formación que Rancé dio a sus monjes tiene la mayor importancia. Puede llamar la atención que el acento no lo ponga en las obras de penitencia, que pueden haber sido muchas, sino en la misericordia de Dios.

En ninguna página encontramos hechos extraordinarios, como visiones, apariciones, escenas diabólicas..., relacionadas con este momento.

A causa de lo que escribió, Rancé tuvo que sufrir muchísimo durante sus años de monasterio. Las calumnias y las murmuraciones que nacían alrededor de tales obras fueron innumerables. Pero él tuvo también las más hermosas satisfacciones, por la aprobación que ellas le proporcionaban, sin hablar de las abundantes conversiones y vocaciones religiosas, que allí encontraban una ayuda insustituible.

LA CONFORMACIÓN A CRISTO

Quién es el monje

“La paz es profunda, en los claustros, y Jesucristo, que es el Rey de la paz y que se deleita en todos los lugares en que se encuentra, establece allí su reino⁴⁷”.

Estas palabras, que escribió en *Santidad y deberes de la vida monástica*, ponen de manifiesto sobre todo la atmósfera, el ambiente y el nivel en que el monje está llamado a vivir la santidad y los deberes de la vida monástica, ya anunciados en el título. El monasterio es un reino de la paz, porque es reino de Jesucristo.

Nos parece fácil hacer, desde ahora, la constatación de que, para dar vida a este reino de Cristo, se le propone al monje, como fin, la santidad y, como primero entre todos los deberes, la imitación de su Señor, subrayando siempre y de la manera más clara, la importancia básica del aspecto interior de la práctica de las obligaciones.

Las respuestas de Rancé sobre este tema manifiestan su corazón de Padre, además de su responsabilidad, que él revela muy fuerte, por la salvación de sus hijos.

“El verdadero religioso es un hombre que, habiendo renunciado al mundo y a todo lo que él tiene de sensible y perecedero por un voto solemne, no vive más que para Dios, y no se ocupa más que de la eternidad⁴⁸”.

“Es preciso que como la eternidad es su destino, ella sea también el único objeto de todos los movimientos de su corazón. Los consejos que Jesu-Christo dio a los hombres en general, se convierten, por su vocación, en preceptos indispensables; y no hace bastante para cumplir la obligación de su estado si su despojo no es entero, si su abnegación no es efectiva y real, y si no traslada a sus obras los sentimientos de su corazón⁴⁹”.

Es conveniente subrayar en qué medida Rancé evidencia la importancia del aspecto religioso de la vida monástica, su directo y constante vínculo con Dios, siempre presente en la densidad de su fe, que le envuelve por completo. Además, es también interesante señalar cómo él pone en directa conexión la profesión religiosa y el don del Espíritu Santo. En la espiritualidad de su tiempo, esta especial unión con el Espíritu Santificador estaba considerada como una segunda conversión. Más adelante, en el capítulo XXII, cuando aclara cómo el monje tiene que vivir la enfermedad, Rancé dice:

“Lo que más debe fortificar a un solitario en el amor a los trabajos, es el saber que contrajo una duplicada obligación de imitar los de Jesu-Christo por el voto de su Bautismo y el de su profesión⁵⁰”.

El Bautismo lo ha injertado en el olivo bueno que es Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey, haciéndolo así capaz de imitar su vida y su misión. La profesión ha abierto el templo de su alma a la invasión del Espíritu Santo, el Santificador.

En estas bellas palabras se subraya una idea fundamental. El voto solemne, la consagración particular del monje, le ha hecho indispensable, por vocación, el seguir los ‘consejos’ de Jesús.

“La consagración de los votos es, hablando en propiedad, la inmolación de un holocausto, que no sufre restricción ni reserva ... cuando los padres llamaron a la profesión monástica vida de las substancias inmateriales, meditación continua de los juicios de Dios, una crucifixión, un martirio verdadero, profesión de la perfección de los apóstoles y conversación angélica, no quisieron decir otra cosa sino que un solitario debía ser insensible a todos los afectos humanos, separado de todas las cosas mortales; que su conversación debía ser toda en el cielo; y que la profesión monástica, siendo superior a la naturaleza, como dice san Basilio, eleva a los hombres a la pureza de los ángeles⁵¹”.

Estas primeras respuestas a las preguntas que le han dirigido, son fundamentales para conocer el alma de Rancé, para ver bien qué fundamentos pone él en la construcción de su reforma. Estas respuestas, fundadas en la Sagrada Escritura, son teológicas y patristicas, y llevan directamente al manantial del cristianismo a los que buscan la salvación en el monasterio. La espiritualidad de Rancé es esencial, logra inmediatamente alcanzar su objetivo. En una época de rigorismos jansenistas y de relajamientos quietistas, él pone la santidad y el cumplimiento perfecto de la voluntad del Padre, a imitación de Cristo, como fundamento de las exigencias de la vida monástica. Así, el monje cumple con su vocación, ofreciendo todo: su propia voluntad, su propio cuerpo. Como el Padre ha querido en su Hijo, y como el Hijo ha hecho por nuestra salvación.

... “la elección que hizo el Padre eterno, antes de crear el mundo, de sus predestinados, sólo se puede cumplir en el cielo a proporción de los que se asemejaron a su hijo en la tierra^{52a}”.

Expresando en términos modernos, sería: ‘La vocación que les donó el Padre sólo se cumple en proporción de cómo se dejan conformar a Cristo en la tierra’. La vida de Cristo, fue sobre, todo vida de humillación y de amor, como obediencia al Padre. Este es el camino que los religiosos han de seguir.

Llegados a este punto, es imposible no hablar de la admiración y del respeto que nuestro abad tenía a los santos Padres, y a san Juan Clímaco en particular. Leyendo y releendo a sus maestros, él se ha dejado impregnar de su mismo espíritu. Por lo demás, se puede comprender bien su predilección. Hijo de su tiempo, siguiendo las indicaciones de vuelta a los orígenes, dadas por la Contrarreforma, se dirigió donde también muchos de sus contemporáneos habían buscado una respuesta a los serios problemas que los afligían. Volvió a los Padres, particularmente a san Juan Clímaco, agudísimo conocedor de cada mínima llaga del corazón humano. Justamente el 5 de agosto 1657, la Sorbona, aprobando la obra de traducción de Arnauld d’Andilly, había oficialmente consagrado a san Juan Clímaco, afirmando: “La ‘*Escalera Santa*’ es la obra del más excelente director de conciencia que la antigüedad griega nos haya dado⁵³”.

Raíces de la vida monástica enseñada por Rancé

Profundamente fiel al enfoque espiritual de los Padres, el abad se dejó ganar por su forma de considerar al hombre, subrayando, al igual que sus maestros, la dimensión trascendente de la existencia humana y la importancia de la vida interior.

Los Padres definen el modelo humano refiriéndose a la *imago Dei*⁵⁴, el Arquetipo divino. En toda la obra de Rancé a menudo es evocada la relación con Dios, única, verdadera e importante realidad para todo cristiano. Este vínculo está realizado y llevado a máxima semejanza en Cristo, el Unigénito del Padre, por obra del Espíritu Santificador. El monje está llamado por vocación a dar testimonio del amor de Dios por nosotros, con la fidelidad de su vida a los consejos evangélicos y a sus compromisos religiosos.

La comunidad monástica es el lugar donde el monje vive, ante la asidua presencia de Dios. “*El reino de Dios está cerca, está entre vosotros*”⁵⁵, dice el Evangelio. La nostalgia del paraíso y el deseo de Dios están defendidos y ponderados al máximo en la pedagogía de Rancé, que conduce a sus hijos a trascender el aspecto exterior de la vida, orientándolos a hacer revivir en su corazón purificado la nueva criatura. Trascendiendo la realidad humana de pecado, los monjes hacen presentes en su vida las condiciones del Reino.

Rancé pone el acento en el amor con que el monje responde a Dios, en el sí profundo y secreto de la fe.

Se abre aquí el campo interior y amplísimo de la oración, que es el granero donde se almacenan la fuerza y la constancia para andar el camino.

Reconciliado con Dios, gracias al ministerio de los Oratorianos, y fiel amigo de ellos, Rancé conocía muy bien la *École française*. Además parece no haber desdeñado la inspiración de san Francisco de Sales, por lo que concierne a algunos aspectos de su espiritualidad. Sin embargo, los únicos que él reconoce como sus verdaderos maestros son los Padres del desierto.

‘Mi crimen es haber defendido la santidad del desierto y la humillación de la cruz’, escribía a M. Gilbert de Choiseul, Obispo de Tournai, el 15 de agosto de 1677⁵⁶. Hay que reconocer que ningún reformador del siglo XVII ha imitado de manera tan perfecta la vida de los antiguos desiertos monásticos. Muchos se han preguntado, comprobando esta preferencia tan viva, si la Trapa se podía considerar también un ambiente benedictino. Escuchemos, con este motivo, lo que dice É. Gilson: ‘El ascetismo cisterciense, como el ascetismo de los cartujos, se remonta con seguridad a los Padres del desierto. Es como si los cenobitas de Egipto volvieran a vivir con los cistercienses de Francia, y los eremitas lo hicieran con los cartujos. Cîteaux y Chartreuse son desiertos poblados de ascetas del siglo XII... Querer practicar a la letra la Regla de san Benito, hasta el último capítulo, quiere decir seguir a Antonio, Macario y Pacomio⁵⁷’.

Rancé quiso, de todo corazón, ser fiel y vivir el espíritu de los fundadores de Cîteaux. Lo declara él mismo a menudo, y también sus contemporáneos lo reconocen, llegando a llamarlo el “nuevo San Bernardo⁵⁸”.

En su búsqueda de Dios, él supo exaltar el deseo de fidelidad en hombres comprometidos a reaccionar ante una cultura ya en gran parte enfocada hacia la importancia de la razón como origen de universales, y tendente a separar la moral de la fe. El fenómeno de las conversiones frecuentísimas, considerado como reconocimiento de la propia nada, del propio pecado y de la propia dependencia de Dios, es una señal significativa. Rancé enseñó la fidelidad muy cuidadosa, la imitación, casi literal, de la vida llevada en los antiguos desiertos. Parece más justo entrever en esta actitud, no tanto una mentalidad limitada y rigorista, como muchos siguen subrayando, cuanto un deseo muy grande de fidelidad a Cristo y a su vocación. Además, el tipo de conversión del reformador, su temperamento, su absoluta inexperiencia de la vida monástica, sobre todo en los primeros años, marcaron profundamente el camino de la Trapa. Mérito innegable de Rancé fue el haberse dejado madurar dócilmente por el Espíritu, juntando al fervor la prudencia, la paciencia, la experiencia y el equilibrio de la edad madura.

Dónde tomó su mayor inspiración.

¿Qué orígenes ha tenido la vida solitaria? ¿Cuál ha sido el designio de Dios sobre de ella? En su respuesta, Rancé vuelve la mirada hacia la fundación de la Iglesia, y ve en los 'solitarios' los herederos del espíritu de los apóstoles y de los mártires.

"Los desiertos y los monasterios se llenaron [de anacoretas y de cenobitas]. Los Antonios, los Hilariones y los Pacomios congregaron, por orden de Dios, hombres que se les juntaron para practicar la misma perfección y vivir en el mismo despojo y desocupación de criaturas. ... Todos lo monjes que han seguido a éstos, quienes fueron sus verdaderos Padres y maestros, se formaron, según los designios de Dios, sobre la misma santidad y en la misma separación de las cosas sensibles⁵⁹."

"Si la disposición presente de las cosas ofrece ideas del todo contrarias, es por un efecto de la decadencia y de la corrupción de los tiempos, mas el estado monástico, en sí, es siempre el mismo que fue en otro tiempo. Dios, cuyos designios no se mudaron y que no ha revocado sus órdenes, no pide a los religiosos menos perfección que les pedía hace ya cuatrocientos años; y san Bernardo no pensó decir demasiado cuando dijo a sus hermanos que habían prometido a Dios vivir con la perfección de los apóstoles⁶⁰."

Así pues, he aquí cómo Rancé funda su reforma en valores básicos, universalmente reconocidos, que han fundado la iglesia originaria y que, igualmente, dan una consistencia total a la iglesia monástica. En esta línea se encuentra la savia vital que ha alimentado la vida de la reforma trapense durante siglos y que ha hecho posible que ella llegue hasta nosotros. Todo esto, a pesar de las limitaciones y obstáculos que ha tenido que sufrir, debidos, sobre todo, a gravísimos hechos históricos que se han sucedido.

¿En qué consiste, entonces, la santidad a la que el monje está llamado? ¿Qué le es más esencial?

El monje tiene que realizar su escuela de Cristo aplicándose continuamente a cumplir con fidelidad su voluntad y sus consejos, a través del sacro vínculo de los votos, que crean en él una afinidad tan grande con Cristo, que elimina, toda limitación a la generosidad de su compromiso...

Rancé, con una incansante memoria de la Santa Regla, se conforma totalmente con lo que san Benito quiere de sus monjes, es decir, que tengan siempre los juicios de Dios ante sus ojos, que los hermanos vivan en unión perfecta, que amen a sus superiores, que imiten a Jesús en sus humillaciones, en sus desalientos, en sus sufrimientos, y que se pongan a los pies de todos.

Nuestro Abad, por cierto, no disminuye el celo y, al citar a san Bernardo⁶¹, dice:

"Los otros 'sirven' a Dios. Vosotros tenéis que estar perfectamente unidos a Él. Para los otros es suficiente creer en Dios, conocerLo, amarLo y adorarLo, pero vosotros tenéis que entrar en la luz de su sabiduría y de su inteligencia, para verLe en sí mismo y gozar de Él⁶²."

Esta afirmación es importantísima. En el clima de caridad, clara y distintamente trinitario, de la vida comunitaria, que Rancé ha establecido en la Trapa, el monje tiene que dejar un espacio total, en su vida, a la fe, a la imitación de Cristo, al cumplimiento de la voluntad del Padre. Así se une profundamente al Hijo, y con Él, en cuya encarnación le imita, descubre, al contemplarlo, la sabiduría del Padre y se 'goza' en Él.

Camino directo de la conformación con Cristo

Los votos religiosos.

Desde las primeras palabras acerca de este tema, Rancé se coloca en la línea tradicional, seguida por sus más grandes maestros, línea que se puede resumir en esta expresión de san Juan Climaco:

"Dichoso aquel que no tiene una pasión menos violenta por Dios, de aquella que tenía por la persona amada⁶³."

"Se contentarán, si quieren, con la castidad de los cuerpos en los matrimonios que se contratan con los hijos de los hombres. Pero él, que excede en hermosura con distancias infinitas a los hijos de los hombres, quiere en las almas que recibe como esposas una pureza digna de la suya; y a ellas son a quien se dirige, más particularmente que a las otras, aquellas palabras del Espíritu Santo: *Sancti estote quoniam Ego sanctus sum*⁶⁴ ... En efecto, vosotros veis que el esposo, en el libro de los Cánticos, quiere que la belleza de la esposa sea perfecta y cumplida. ... Así no quiere que tenga el menor defecto ni la más pequeña mancha: *Tota pulchra es amica mea et macula non est in te*⁶⁵. La llama dos veces hermosa para significar que debe tener una hermosura duplicada y que es preciso que no tenga menos pureza en su alma que castidad en su cuerpo⁶⁶."

Nada de fácil hay bajo estas palabras. Sencillamente, es el paso radical desde un amor humano hasta la plenitud de la comunión personal con Dios. "Si el mismo hombre piensa y obra de manera pura en cualquier situación en que se encuentre, es como resucitado, inmortal antes de la resurrección de los muertos⁶⁷". "La castidad es una participación de la naturaleza angélica ... Es una morada que le gusta solamente a Jesucristo. Es la guarda del corazón, es un cielo en la tierra⁶⁸".

Rancé dice:

"Como [el religioso] se da enteramente a Jesús Cristo ... es preciso que sólo Jesús Cristo llene la capacidad de su corazón⁶⁹."

De esta manera, él 'reconstruye', según la imagen de Dios, el corazón 'destruido' por el pecado, llenándolo de Jesucristo, que es la imagen perfecta del Padre. Estas no son palabras vacías. En el Abad, tan responsable de la salvación de sus hijos, tienen un alcance profundísimo.

Rancé, para llegar a esta conclusión, cita muchos textos patrísticos, desde san Cipriano a san Basilio, a san Efrén, a Casiano, a san Agustín, a san Bernardo. Así hace entender, con su manera sencilla y concreta de argumentar, que el voto de castidad no atañe sólo a la pureza del cuerpo, sino a la purificación de todas las pasiones. Entre otras, he aquí sólo dos citas:

“De el mismo sentir era san Cipriano, quando dio el nombre de vírgines fatuas a las que imaginan tener una piedad sólida, porque su cuerpo es casto, aunque su corazón se haya corrompido por la avaricia, por la soberbia, por la embidia y por la mentira⁷⁰ⁿ”.

“San Juan Crisóstomo dice: Las cinco vírgenes que tenían apagadas sus lámparas eran vírgenes en el cuerpo, mas no estaban puras en el espíritu, y aunque no se hubiesen corrompido en el comercio de los hombres, estaban manchadas por el afecto a las riquezas; su cuerpo, en verdad, era puro, pero su alma estaba llena de adulterios; ella estaba colmada de malos pensamientos, por una continua revolución de avaricia, de durezas con los pobres, de embidia, de pereza, de olvido, de soberbia, y, en una palabra, de todos los vicios espirituales e interiores, que pueden destruir el venerable estado de la virginidad cristiana; ¿pues qué sirve la virginidad quando se junta a la dureza de un impío corazón?⁷¹ⁿ”.

Perfecta maduración de la persona, por tanto, en la perfecta maduración del amor. Rancé enlaza así con la que es, desde siempre, la mayor ambición del monje cisterciense: Ver a Dios. Y Dios se revela solamente a los corazones puros, llenos de Jesucristo. Toda la doctrina de san Bernardo acerca de este tema nos enseña que la unión del alma con Dios es posible en razón de su mutua semejanza. Por lo tanto, es evidente que la perfecta unión con Dios se verá realizada por el alma que haya superado todo estorbo de pecado, y haya purificado toda escoria material⁷².

Si el voto de castidad lleva hasta las más íntimas profundidades del corazón humano, el voto de pobreza, según Rancé, lleva a la experiencia de la Iglesia primitiva, porque:

“Aquellos que por un movimiento apostólico renunciaron a las cosas de aquí abajo, gozan de una verdadera abundancia⁷³ⁿ”.

La disposición del alma, en la observancia de este voto, es tan radical porque es el efecto de una total abnegación. Sencillamente, porque el que quiere vivir la pobreza, debe ponerse, primero a sí mismo entre las cosas de las que quiere desprenderse. Rancé pone como ejemplo a san Ignacio de Antioquía, que dice: *Jam Christi incipio esse discipulus, nihil eorum quae sunt in mundo desiderans*⁷⁴.

Estas palabras se encuentran en la magnífica carta a los Romanos, que nunca se termina de meditar. Se sabe bien, san Ignacio pide encarecidamente a los Romanos que no le impidan, con una caridad no auténtica, el seguimiento de Cristo, su gran amor. Ignacio, sobre todo en esta carta, es figura cristológica y reproduce aquí casi plásticamente el ‘deseo’ de Cristo de cumplir hasta el final la voluntad del Padre, que lo llevará inexorablemente a la Cruz.

“Permítanme de ser imitador de la pasión de mi Dios⁷⁵ⁿ”.

Efectivamente, el obispo de Antioquía ve el camino para estar con Cristo en la total separación de todo⁷⁶. Leyendo atentamente estos textos, impresiona la semejanza entre las disposiciones interiores de san Ignacio y la de los hermanos de Thibirine, como preparación próxima al martirio. Los monjes, ocupan así el lugar de los antiguos mártires. Pobreza, pues, inspirada y mantenida, hasta al martirio, por la virtud de la esperanza, en la más total abnegación:

Los santos consideraron la pobreza como la riqueza de los solitarios... La esperanza de las cosas venideras los llena y los ocupa de manera que pierden hasta la memoria y pensamiento de las presentes ... esta disposición, hermanos míos, es tan grande que sólo puede ser efecto de una total abnegación. El que se quiere establecer en este venturoso estado, es preciso que se despoje de todo sin reserva, que se ponga a sí mismo en el número de las cosas que debe dejar ... y que siga a Jesu-Christo con un disinterés tan perfecto, que pueda decir con aquel gran mártir *Jam Christi incipio esse discipulus, nihil eorum quae sunt in mundo desiderans*⁷⁷.

Estad, pues, hermanos míos, persuadidos de que jamás tendrá quietud en su retiro, sino se abandona enteramente en Aquél de quien solamente la debe esperar; y si no mira como disposiciones de su providencia cuanto le puede acaecer de privaciones y trabajos, por el hambre, la sed, el frío, el calor, las enfermedades, la conducta de sus superiores y el mal humor de sus hermanos ... él pasará amargamente sus días ... De estos dictámenes y máximas tan elevadas no podéis inferir otra cosa, hermanos míos, sino que la pobreza religiosa no consiste en una simple renuncia de los bienes y riquezas exteriores, si es que separa, como la castidad el corazón, de todo lo visible e invisible, sino es cosa eterna que priba de todo e nos deja a sólo Dios, y las cosas que pueden conducirnos a su Reyno. Acaso me diréis, hermanos míos, que os propongo un estado de perfección. Es verdad. ¿Pero qué propondré a los que Dios ha destinado para ser perfectos si no la misma perfección? A quién propondré la santidad, si no es a los santos, quiero decir, a los monjes, pues Dios los ha suscitado en su Iglesia para ser unos santos, para perpetuar la vida de los apóstoles, y llenar el lugar que ocupaban en otro tiempo los mártires? En fin, ¿se puede creer que aquellos, cuya vida no es más que un retrato ideal de la de Jesu-Christo, no estén obligados a vivir no tan solamente según su preceptos, sino también según su instrucciones y consejos? No obstante, aunque esta perfección se contiene en el voto de pobreza y le es esencial, ella tiene su principio, su progreso y su consumación. Todos los religiosos están obligados a caminar a este desprendimiento, mas no a tenerlo con perfección. El aspirar con solicitud y con continuos esfuerzos le es de una obligación indispensable, pero Dios, que quiere esta disposición en todos los que se le consagran por el voto de pobreza, y que a nadie dispensa de ella, no los obliga a tenerla con igual excelencia. Él se contenta con sus deseos, siendo

sinceros y efectivos, con tal que nada menosprecien y usen con fidelidad de todas las observancias y medios que prescriben las reglas para adquirirlo⁷⁹.

Después de haber bosquejado el compromiso de los dos primeros votos, de castidad y de pobreza, como un verdadero martirio de inocencia y de esperanza, ¿qué enseña Rancé acerca de la obediencia? ... ¿Cómo propone este voto, fundamental para san Benito, hasta hacerlo expresión y compendio del compromiso monástico?

“La obediencia, cuando es perfecta, es quien forma y constituye al religioso en su estado; por ella se consagra y se inmola a Dios; ella le da el golpe de una muerte feliz, por la cual cesa de vivir al mundo para vivir sólo para Jesu-Christo. *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus*⁷⁹”.

Es muy importante esta relación directa entre voto de obediencia y Jesucristo, contemplada por Rancé en los párrafos de las cartas a los Gálatas, a los Philipenses, y de Juan. Ellos nos hacen bajar al corazón de la misión de Jesucristo, que ha venido para cumplir hasta el final la voluntad de salvación del Padre. Ya se sabe bien que Cristo es, desde la eternidad, el término del plan de salvación del Padre; que el Hijo, en su absoluta libertad, responde al Padre, ‘donando’ su vida en la Cruz, en un acto de total adoración y obediencia. Los monjes, por medio de su profesión, son los herederos más directos de ese proyecto, que vio en el Hijo su perfecto cumplimiento⁸⁰.

Por lo tanto, en la obediencia se cumple el testimonio del monje, el martirio del corazón y de la voluntad; el martirio de amor, equivalente al martirio de sangre.

La obediencia, por esto, se articula como aspiración absoluta, inscrita en la brevedad y en la pobreza de la existencia humana, totalmente determinada por un amoroso abandono al Padre.

Contestando a la pregunta: ‘¿No sería mejor que nos hable con más detalle del origen de la vida solitaria y del plan de Dios para realizarla?’, Rancé dice:

“Como yo no tengo, hermanos míos, otro pensamiento que contribuir a vuestra edificación, ni hay cosa que Dios me mande más, os diré simplemente, para responder a lo que preguntáis, lo que entendí en lo que pude leer de los libros de los santos Padres. ... Es, pues, preciso saber que el principal designio de Dios en la Nueva Alianza fue establecer en el mundo un culto digno de su Majestad, y tener verdaderos adoradores, que lo adorasen como dijo Jesu-Christo, en Espíritu y verdad: *Venit hora et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in Spiritu et Veritate*⁸¹; es decir, con aquella pureza, que no puede ser sino efecto de la plenitud de su Espíritu y de la abundancia de su gracia⁸²”.

El monje, aceptando libremente, por medio de los votos, la voluntad del Padre acerca de su propia vida, llega a ser el discípulo más próximo, el imitador más verdadero de Jesucristo.

Rancé, aclarando realidades tan conocidas, como la observancia de los votos, siempre se refiere a tres directrices, que son fundamento, guía y fin de su exposición: la palabra de Dios, la tradición de la Iglesia, la iglesia-comunidad monástica

La palabra de Dios fundamenta estas verdades, y señala la meta final. La tradición eclesial es el ejemplo. Los Padres son la voz de esta tradición. La comunidad monástica, pequeña iglesia, es el lugar donde ejercitar, en la sencillez y pobreza de la acción diaria, estos grandes ideales. Cristo es el hermano que precede a todos; aquél que se hace garante de los que lo siguen. Es el modelo que hay que imitar.

La vida en comunidad

¿Qué contenidos tenía la vida de comunidad? ¿En qué clima espiritual se vivían estos ideales, *oboedientia desafío de libertad*? Es de suma importancia aclarar este punto, ya que es la obediencia la que modela al monje; es con este voto como él se aproxima a Cristo, haciéndose casi otro Cristo, por lo menos en el deseo de todo su corazón. Rancé traza un camino para el cumplimiento de este deseo, esto es, el camino de la caridad.

Después del fracaso de la misión en Roma, que el Capítulo General le había confiado, Rancé volvió a la Trapa, deseando, sobre todo, llevar a cumplimiento la reforma de su monasterio.

La pregunta, que surge espontánea, es la siguiente: ¿Cómo vivió su tarea de Abad? ¿Se convirtió en un pequeño déspota de sus monjes? Su lealtad monárquica, hubiera podido empujarlo, muy fácilmente, a imitar en su monasterio el esquema de absolutismo que se estaba imponiendo bajo el reinado de Luis XIV. Pero no fue así. Rancé vivió como un verdadero carisma su paternidad, considerándose responsable del camino de salvación de cada uno de sus monjes. Más aun, por ‘sus hermanos’, así los llamaba constantemente, abrigó tal amor de caridad, que supo promover la adhesión comunitaria libre y constante al ideal de santidad que proponía, y que vivía el primero.

Parece útil recordar aquí, la importancia que Rancé dio a la práctica de la humildad, y al mismo tiempo, no olvidar que, en la Regla de san Benito, la ascensión espiritual de la humildad está toda orientada a aquél: ‘Subidos, pues, todos estos escalones de la humildad, el monje enseguida llegará a aquella caridad que, si es perfecta, echa fuera el temor⁸³’.

La caridad es un punto de referencia básico de la vida comunitaria. La caridad, que brota y florece como premio de una intensa vida sacramental, sobre todo la confesión, la comunión y a la celebración de la Eucaristía.

Contrariamente a la costumbre de aquel tiempo, dictada por la influencia jansenista, Rancé permitía, como se ha subrayado, una asiduidad muy grande a la mesa sagrada. Muchos monjes de la Trapa comulgaban varias veces por semana, evidentemente con su autorización. En esta insistencia hay

que entrever su sentido más profundo, la raíz verdadera de la imitación de su Señor, realmente vivida por cada monje.

El monje incrementaba continuamente su libertad en la Eucaristía, y en ella encontraba la fuerza para ofrecerse al Padre, con el Hijo y en el Hijo. Aquí radica realmente el cristocentrismo de la espiritualidad ranceniana. Con este contacto frecuentísimo germinaba y florecía la caridad, vivida por los hermanos de manera verdaderamente excelente, como atestiguan muchos amigos y visitantes de la Trapa y, más que todo, dos cartas de Visita⁸⁴.

Otro elemento, muy importante, que substanciaba la vida espiritual en la Trapa era la oración. También en este aspecto Rancé se apartaba de la costumbre generalizada, que hacía de los métodos de oración el único camino seguro. Él, como veremos, pone a su monje bajo la escuela del Espíritu Santo, y es totalmente coherente con su enseñanza. Si la obediencia consagra al monje de manera profundísima y lo cambia en verdadero imitador de Cristo y, en Él, verdadero adorador del Padre; si el contacto Eucarístico hace florecer en la caridad su consagración, es el Espíritu Santo el verdadero santificador. Él realiza la transformación de su corazón y acompaña la vida del monje en un movimiento de donación trinitaria. La oración es el lugar privilegiado en donde el monje se expone a los rayos santificadores del Espíritu Santo, que realmente nos conforman con Cristo.

La caridad.

¿Cómo se vivía la caridad en la Trapa? El primer mandamiento dice: 'Amar a Dios sobre todo'.

"Como, entre todos los preceptos divinos, el de amar a Dios es el primero y el más indispensable, tampoco hay otro cuya obligación sea más clara y evidente. ... Podemos decir que, si los cielos, y todo lo que encierra el universo, incesantemente nos anuncian su magnificencia y su gloria, al mismo tiempo nos intiman la obligación que tenemos de amarLo. Para con Dios, hermanos míos, tenemos la misma obligación de amor y adoración, si es que son distintas las acciones de amarLe y adorarLe. Su Majestad soberana es el objeto de la adoración que se Le tributa, y su bondad infinita es el motivo del amor que Le deben los hombres⁸⁵.

Esta verdad, manifestada con tanta claridad en el Antiguo Testamento, la vemos con tanta evidencia en el Nuevo, dice san Agustín, que la ley nueva una sola cosa manda: la de amar... Ello es tan cierto que ninguna cosa vemos tanto en la palabra de Jesu-Christo, en todos los pasos de su vida y de su muerte, y en las instrucciones que hemos recibido de sus Apóstoles. ...Por toda parte se ve esta declaración tan importante que el mismo Jesu-Christo hizo a los hombres cuando dijo: 'Yo he venido a traer sobre la tierra el fuego de una caridad toda divina; ¿y puedo pretender otra cosa sino que se declare?' *Ignem veni mittere in terram, et ¿quid volo, nisi ut accendatur?*⁸⁶.

Sigue Rancé:

"Lo que Dios nos manifestó en la palabra de su Hijo, nos lo enseñó en su misión al mundo".

Para Rancé la deuda de gratitud del monje a Dios es infinita, ya que Él le ha amado infinitamente, y la gratitud es al mismo tiempo una disposición de justicia y de caridad. Su respuesta debe cautivar todas sus fuerzas, y tiene que devolver su amor a Dios con todo su corazón y con todas sus fuerzas. Cuánto Dios Padre ha amado al hombre, resulta claro, en las diferentes fases de la vida de Jesucristo, pero más que todo en su Pasión. Ésta, efectivamente, es un acto de amor, y solamente la caridad ha sido la causa de su martirio de amor y de sangre.

"Así también la Iglesia queriendo excitar el amor, y la piedad de sus hijos ... no halló expresión más obligante ... exclamando por un efecto de ternura: Señor, por redimir al esclavo, entregaste a la muerte vuestro hijo⁸⁷".

San Juan, en su primera carta, habla sólo de caridad y de amor. No queremos sólo con palabras y lengua sino con obras y verdad. Quien no ama no conoce a Dios, pues Dios es Caridad⁸⁸.

"Después de lo dicho, ya no es menester preguntar cómo se debe amar a Dios, pues todas estas consideraciones lo dicen bastante por sí mismas. Y si no son ellas entendidas de todos, es por ser este el lenguaje del corazón y para entenderlo es preciso tener un corazón, y la mayor parte de los hombres no lo tiene. Pero los santos, que recibieron aquel corazón y aquel espíritu nuevo, que nos promete Dios por su profeta: *Dabo vobis cor novum et Spiritum novum ponam in medio vestri*⁸⁹ están penetrados de estas verdades⁹⁰".

Tenemos que amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente, con todo el espíritu y con todas nuestras fuerzas y, como dice el Apóstol, 'Todo lo que hacéis, en palabras o en obras, hacedlo en el nombre de Jesucristo'⁹¹.

El Superior y los hermanos.

El Superior ocupa el lugar y cumple las funciones del mismo Cristo. Si quiere cumplir dignamente su oficio, tiene que conocer perfectamente a los hermanos, para poderlos conducir. Y, para tener este conocimiento, tiene que lograr de los hermanos una perfecta confianza. Enunciadas estas breves afirmaciones, que sitúan plenamente la cuestión, Rancé empieza a describir las cualidades que debe tener el Superior. Él debe conocer la santidad de su encargo, debe obedecer a la Regla, debe tener caridad para con los hermanos, y manifestarla con el cuidado y la atención con que debe trabajar por la salvación de ellos. Finalmente, su conducta en el monasterio debe ser digna del vicario de Cristo, que es él. Los hermanos tendrán una total confianza en este Superior, y serán libres de portarse críticamente con respecto a él, pero solamente si él no fuese ya tal ejemplo de santidad. Sin embargo, cuando él ordene

algo en nombre de Jesucristo, ellos tendrán que obedecer, dando así prueba de respetar su dignidad y su persona, aunque no siempre puedan compartir sus sentimientos.

El capítulo de las relaciones recíprocas entre los hermanos tiene una importancia aun más grande.

Lo que más impresiona en la obra de reforma de la Trapa es cómo se ha llevado a cabo la unanimidad entre el Superior y los hermanos. Esta unanimidad ha sido subrayada por los Padres visitantes, que, acercándose a la Trapa con espíritu muy crítico, han debido admitir, en su carta de Visita, esta bellísima realidad .

“El precepto de mayor importancia después de amar a Dios, es amar a nuestros hermanos. Esta es la divisa con que distinguió Jesucristo de los que no lo son. *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem*⁹². Y como los solitarios deben ser entre sus discípulos los primeros, no en dignidad ni elevación, sino en piedad y religión, es preciso que su caridad sea eminente. Por otra parte, siendo vuestros hermanos más amados de Dios, más beneficiados de sus bendiciones y más según su corazón que aquellos que dejó en el comercio del mundo, tienen también más de Jesu-Christo; brillan más en ellos su Espíritu y sus máximas; manifiestan más señas y caracteres de su santidad y, por consiguiente, son más dignos de vuestra estima y vuestro amor⁹³”.

Rancé sigue con un magnífico texto de Basilio:

“El estado religioso es un género de vida todo espiritual; es una profesión fundada sobre una unión indisoluble y sagrada. Los solitarios están vinculados entre ellos por un pacto espiritual en presencia del Espíritu Santo, que ha sido el intermediario y el testigo de este pacto, y esta unión tiene que ser mucho más estrecha de la que hay entre las distintas partes del cuerpo humano⁹⁴”.

En estos lugares de paz y de santidad, que son los monasterios, es absolutamente indispensable practicar fielmente los escasos medios que la Regla proporciona a los monjes para vivir la caridad recíproca:

“Los medios con que habéis de ejercitar vuestro amor con vuestros hermanos se reducen a ciertos puntos principales; es a saber, el ejemplo, la oración y el tributar los unos a los otros las muestras de afecto, dulzura y deferencia que os permite la disciplina del Monasterio⁹⁵”.

Los monjes tienen un deber muy riguroso de procurarse los beneficios sólidos y los bienes verdaderos, es decir, trabajar lo más posible en la salvación de los unos por los otros, con el ejemplo y la regularidad de sus vidas. Así, cada uno hallará apoyo y alivio a la sola vista del hermano.

Además:

“Los verdaderos religiosos están unidos con lazos tan estrechos y tan íntimos que parece que en ellos se ven cumplidas a la perfección aquellas palabras de Jesu-Christo: *Claritatem quam dedisti mihi, dedi eis, ut sint unum, sicut et nos unum sumus*⁹⁶. Ellos tienen, como dice san Basilio, un mismo espíritu, un mismo corazón y una misma voluntad. Añadamos la misma entrega, es decir, servir a Jesu-Christo y combatir sin tregua ninguna contra los enemigos de su nombre y de su gloria⁹⁷”.

La comunidad es un lugar donde se supera el peligro de repliegue sobre sí mismo, y de una mezquina intimidad. Es el espacio donde se encuentra a Jesús, en el cual se vive entre hermanos y como hermanos, y, por esto, como hijos del Padre. No como siervos, sino como hijos, con el don de sí mismos a los hermanos, y en la intimidad más 'extática' con el Hijo, y, con Él, con el Padre. Con este don de ser hijos, se vive el don de sí como criaturas. En la fidelidad más absoluta, a la que están invitados por Rancé, los monjes pueden testimoniar continuamente a Cristo, y volver a despertar continuamente, en sí y en los otros, el deseo de vivir con Él. Verdaderos amigos del Esposo, los hermanos atestiguan y mantienen recíprocamente la fidelidad a Cristo.

“La caridad es el lazo y el fundamento de las comunidades monásticas. Así como ella las forma, también las conserva, y hace que los monjes vivan según el orden de Dios, en un concierto y santa armonía y lleven a una el yugo del Señor: *Humero uno*⁹⁸, con un mismo espíritu, un mismo corazón y una misma voluntad⁹⁹”.

Los hermanos se reconocen más hermanos precisamente en su debilidad. En efecto, se enfrentan a los mismos enemigos y son testigos de los esfuerzos recíprocos para luchar y vencer. Más todavía, muchos pueden encontrar fuerza y felicidad en la perseverancia y en la fidelidad de uno solo.

“Que se den la mano los unos a los otros, que los fuertes sostengan a los débiles ... [a fin de que] consigan una misma victoria y adquieran una misma corona¹⁰⁰”.

Pero más allá del apoyo mutuo, por el ejemplo de la vida, ¿qué es determinante en la ayuda recíproca? Una vez más, Rancé no tiene duda:

“Fuera preciso que ignoraseis la necesidad y utilidad de la oración, lo que puede contribuir y contribuye a vuestra santificación, para ignorar que tenéis la obligación de emplearla ante Dios para la santificación de vuestros hermanos¹⁰¹”.

Evocando un texto de san Cipriano en el *De oratione dominica*, donde este santo recuerda la oración de los tres muchachos en el horno, subraya que su oración fue atendida porque salió como de una única boca... piadosa, sencilla y sincera¹⁰².

“Así vemos que oraban los apóstoles y discípulos después de la Ascensión de Jesu-Christo; pues está escrito que perseveraban unánimes en oración con las mujeres y María madre de Jesús, y sus hermanos, y así manifestaban el ardor y unión de su oración. Dios, que hace habitar en una misma casa a los que tienen un mismo espíritu, no recibirá en sus moradas eternas a los que no sean uno por una misma oración¹⁰³”.

¿Qué es la oración, de la que los monjes deben alimentarse, tan intensamente?.

La oración

El capítulo que estudia la oración es seguramente uno de los más interesantes de *Santidad y deberes*. En él se pueden ver las fuentes más importantes de todo el pensamiento monástico de Rancé.

Convertido a la edad de treinta y un años, perteneciente a la nobleza, instruido y fino, Rancé quiso conservar en su conversión toda la lealtad y el entusiasmo que distinguieron siempre su obrar. “Amar a Dios con la misma intensidad con la cual se ha amado el mundo”. Este es su deseo, recibido, por otra parte, de la enseñanza de sus maestros, los Padres del desierto, Juan Climaco en particular. También podría leerse: Retorno a la experiencia de la vida interior.

San Benito, san Basilio, san Juan Climaco, san Efrén, Casiano, son los primeros y más importantes Padres a los que Rancé hace referencia, para aclarar la seriedad de la afirmación evangélica: ‘Oportet semper orare et non deficere’¹⁰⁴. San Antonio, Macario, y después san Agustín y san Bernardo, vienen citados a continuación. Pero, examinando atentamente el texto, parece claro que Rancé ha hecho mucho más. Ha logrado transmitir, en forma totalmente fiel, la antigua doctrina, sirviéndose de la terminología religiosa de su tiempo. Y no solamente esto. Él ha hecho una obra de síntesis, verdaderamente magistral, entre la enseñanza del antiguo desierto y la espiritualidad de la *École française*, dominante en ese tiempo¹⁰⁵. Tuvo siempre muy presentes los grandes temas espirituales de la reforma cisterciense del siglo XII y, más aún, se sintió honrado de tenerlos siempre presentes y de haberse inspirado constantemente en ellos. Así ha testimoniado su profundo amor por estos grandes maestros.

“San Bernardo no pensó decir demasiado, cuando dijo a sus hermanos que habían prometido a Dios vivir con la perfección de los apóstoles... Es pues evidente que los religiosos en la Iglesia tienen la dicha de ocupar las plazas de los mártires e imitar la perfección de los apóstoles ...

¿No es a vosotros, hermanos míos, quiero decir a los cenobitas, a quien se dirigen aquellas palabras de san Bernardo? ‘Vuestra profesión es elevadísima, llega hasta los cielos, iguala a los Ángeles y no es inferior a la pureza de estos espíritus tan puros, porque no solamente habéis prometido adquirir la santidad, sino también la perfección de la santidad, y el colmo de la misma perfección. De los otros es servir a Dios, mas de vosotros el uniros perfectamente con Él. A los otros les basta creer en Dios, conocerLo, amarLo y adorarLo, pero vosotros debéis entrar en los resplandores de su inteligencia y sabiduría para verlo en sí mismo y gozarlo¹⁰⁶ⁿ’.

Con frecuencia aparecen en sus obras, junto a los antiguos textos, los temas espirituales de los maestros de su tiempo.

La devoción a la infancia y a la pasión de Cristo, es decir, los momentos de mayor semejanza con el hombre, los de su mayor pobreza y debilidad, que Dios mismo, encarnándose y muriendo por nosotros, ha querido ‘experimentar’. Él, el obediente por antonomasia, en cuyas huellas los hermanos están continuamente invitados a poner sus pies.

La vida fraterna y comunitaria, que encuentra en la Eucaristía, recibida con frecuencia, la *forma que conforma* de su vida cotidiana, Jesucristo.

La oración continua, en la que se vive la íntima unión con el Padre, en el Hijo, por obra del Espíritu Santificador.

La purificación del corazón, obtenida con una disciplina constante, dirigida a librarle de toda pasión o adhesión al mal, y a unirle con y en Cristo. Y en fin, el pensamiento de la muerte y la valoración espiritual de la enfermedad.

“¿Pues en qué se diferencia la obligación de un cristiano, que también ha renunciado al mundo por su Bautismo, de la de un religioso?”

Respuesta:

“Es verdad que un cristiano, que se sepultó con Cristo por el Bautismo y que ha recibido por este Sacramento una vida nueva, que tiene por alma y por principio el Espíritu mismo de Jesu-Christo, debe estar muerto al mundo, a sus bienes, a sus honras, a sus negocios, y a sus placeres. Pero basta, para satisfacer esta obligación, que renuncie en el afecto. Y si bien se le permite conservar el uso y posesión, debe, no obstante, estar tan desprendido en su interior, que sea pobre en la abundancia, casto en el matrimonio, templado en el regalo y aplicado a Dios en el comercio que la necesidad de su estado le obliga a tener con los hombres.

Mas esto es muy poco para un solitario. Él no debe parar aquí. Es preciso que esté en un actual desprendimiento de todas las cosas sensibles, y que, como la eternidad sola es su fuerte, ella sea también el único objeto de todas las acciones de su espíritu y de todos los movimientos de su corazón. Los consejos que Jesu-Christo dio a los hombres en general, se convierten por su vocación en preceptos indispensables, y no hace bastante para cumplir la obligación de su estado, si su despojo no es entero, si su abnegación no es efectiva y real, y si no traslada a sus obras los sentimientos de su corazón.

Ninguno puede impugnar esta verdad, sin que viva en una ignorancia grosera de el estado monástico, que jamás la haya mirado con reflexión, o que nunca haya leído lo que los santos Padres nos han dicho. Así como los vasos destinados al servicio y culto de Dios no se pueden emplear, sin profanación, en otros usos, así también el religioso, que por una consagración particular vino a ser templo de Dios y santuario de el Espíritu Santo, debe vivir perennemente en su presencia¹⁰⁷ⁿ’.

Estos son los fundamentos de la enseñanza de Rancé, que es cristológica y fuertemente teológica, con continuas invitaciones a la Fe, a la Esperanza y a la Caridad.

“La oración, en dictamen de los Santos Padres, es todo el poder y toda la fuerza de los solitarios. Por ella resisten a los esfuerzos de sus enemigos ... y los vencen¹⁰⁸ⁿ’.

Desarrollando más su pensamiento, el Abad vuelve a subrayar que los monjes son el ejemplo de lo que debe ser el verdadero cristianismo, esto es, testimonio de Cristo ante la Iglesia y ante el mundo.

Se ha dicho 'testigos', y se sabe que, según Rancé, los monjes han sido queridos por Dios como herederos de los verdaderos 'adoradores' y 'testigos' de Cristo, que fueron los apóstoles y los mártires. Ya está marcada la ruta, es decir, testimoniar, con mayor fidelidad a la Regla, el don total del propio ser en un ímpetu de amor siempre creciente.

"Por tanto, hermanos míos, nada os impida dar lo vuestro a Jesu-Christo de un modo digno de la obligación que le debéis. Corresponde al exceso de su bondad por la plenitud de vuestro amor; suspire por él vuestra alma sin cesar, camine con incansables esfuerzos a él, y padezca, si es posible, aquel dichoso desfallecimiento de que habla el profeta cuando dice: *Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini*¹⁰⁹".

Es precisamente en la oración donde los monjes tienen que encontrar la fuerza para llevar una vida santa:

"Acordaos, hermanos, de practicar este precepto del Espíritu Santo: *Oportet semper orare et non deficere*¹¹⁰. Tened un cuidado especial de purificaros para la oración; sea este ejercicio vuestra principal obligación. Nada os impida el cumplimiento de una obligación tan importante y tan recomendada. Pero cuidado de hacer que no consista esta oración en una especulación toda seca y destituida de aquel espíritu que debe darle toda la fuerza y todo el mérito, sin el cual no hallaría acceso ni agrado en Dios a quien se ofrece.

No creáis, pues, que ella sea una simple producción de entendimiento, una arenga de pensamientos espirituales o un discurso sobre algún asunto de piedad. No hagáis como aquellos que imaginan haber orado excelentemente cuando, postrados al pie de los altares, razonaron sobre algunas verdades cristianas, procurando observar los métodos y reglas prescritas por los que trataron de estas materias. Pero haced que vuestra oración sea la voz y el grito del corazón, que nazca de su sentimiento y que exprese sus ardores y sus afectos; o, por mejor decir, que el Espíritu Santo mismo la forme por sus divinas operaciones, que abra vuestra boca interior, que mueva vuestra lengua y que ponga sobre sus labios las palabras, pues sólo sus santas expresiones son dignas de la majestad de Dios y ellas solas merecen ser escuchadas.

Haced, en cuanto podáis, que esté inflamada vuestra oración del sagrado fuego; desterrad toda frialdad, toda distracción, toda pereza, toda languidez, y jamás os presentéis a Dios para pedirle, que no sea con todo esfuerzo, con toda plenitud de vuestra alma, para que corresponda vuestra oración no solamente a la grandeza de aquel a quien pedís, sino también a la pureza y excelencia de vuestra profesión. Y estad persuadidos de que un modo de orar ordinario y común es intolerable en los que ofrecieron a Dios hacer una vida en todo pura y perfecta¹¹¹".

La riqueza de estas palabras proporciona la posibilidad de explicar algunos aspectos más interesantes del pensamiento de Rancé.

Como siempre, Rancé, cuando imparte su enseñanza sobre temas que considera fundamentales, la sustenta citando a los Padres del monaquismo con numerosos textos de sus obras.

"Si tenéis precepto, hermanos míos, de llegaros a Dios por oraciones frecuentes, lo tenéis también de prepararos para una obra tan santa; pues el Espíritu Santo que os manda ser perennes, y fieles en la oración: *Non impediatis orare semper*¹¹² os manda también llevar las preparaciones necesarias, *Ante orationem prepara animam tuam, et noli esse quasi homo, qui tentat Deum*¹¹³. ... san Basilio enseña que, al comenzar la oración, es preciso abandonarse a sí mismo, a su muger, y sus hijos; dejar la tierra; elevarse al cielo; alejarse de todas las criaturas invisibles y visibles: ...y ponerse en estado de no ser condenado por su propia conciencia.

Quando nos vamos a poner en presencia de nuestro Rey, y nuestro Dios, dice san Juan Clímaco, y a tratar con Él en la oración, no vamos sin estar antes bien preparados. Preparaos por una oración continua de vuestro corazón, para esta otra oración interior, y exterior, en que os presentáis a Dios, para ofrecerle vuestras suplicas y vuestras oraciones, y hareis grandes progresos en poco tiempo¹¹⁴".

Siguen otros textos de san Agustín, san Gregorio, Casiano, que afirman la misma doctrina. Después Rancé vuelve a escribir directamente:

"En estas instrucciones fácilmente podéis notar, hermanos míos, que son dos las principales preparaciones para la oración; la una remota y general, y la otra próxima y más particular. La primera, es la corrección de costumbres, arreglo de las acciones, santidad de vida, y el cuidado de procurar obrar en todo por amor de Dios, y cercenar de su conducta todo lo que no es según su voluntad, y que le podría disgustar.

La otra consiste en separarse, al tiempo de orar, de todas las cosas visibles, negarse a sus sentidos, a su imaginación, a su memoria, a su razón, igualmente que a su voluntad, y a todo lo que no es Dios; de manera que, considerando como prohibidas en aquel tiempo las acciones que se nos mandan en otros, lo tengamos únicamente ante los ojos, y Él solo, inmediatamente y en sí mismo, sea nuestra total ocupación. Por esta duplicada preparación puede adquirir un solitario las dos condiciones que señala Casiano, tan esenciales a la oración, que le dan toda su fuerza, y que hacen que Dios la reciba como un sacrificio de buen olor¹¹⁵".

Pero ¿cuáles son estas condiciones?

"Entiendo la pureza del corazón, y el fervor. Los santos creyeron que estas dos condiciones eran tan necesarias a la oración, que las prefirieron a todas las demás. En su dictamen ellas son las que elevan hasta el trono de Dios a los hombres, y hallan un acceso en Él tan favorable, que nada puede negar a los que se le presentan con estas disposiciones. Por eso san Agustín dijo que la oración pura y santa

penetra los cielos, y no vuelve jamás sin obtener lo que suplica...Y en otro lugar, la eficacia de la oración es grande cuando es pura, es como un mensajero fiel que cumple lo que se le manda.

Leemos que los monges antiguos de el Egipto hacían muchas oraciones, pero breves, por exponerse menos a las distracciones, y conservar así con más facilidad su pureza y fervor.

... No quiere tampoco que haya testigos de este comercio tan íntimo. Quiere que todas las criaturas se retiren, y le desembaracen todos los asientos; quiere estar solo en todos aquellos que favorece con muestras, tan dichosas y tan tiernas, de sus bondades infinitas; y todo quanto ve y descubre, distinto de sí mismo, lo disgusta y lo importuna. Estad solas, dice san Bernardo a las almas queridas de Dios; ¿ignoráis que vuestro esposo está lleno de rubor, y que en presencia de los otros nunca se os dejará ver?¹¹⁶.

“Esta pureza, hermanos míos, está recomendada a todos los christianos, pero particularmente a los solitarios; y Dios no los retiró por otro fin de medio del mundo, y los condujo al desierto, que por acabarlos de purificar, y hallándolos desocupados en una perfecta desnudez de criaturas, llenarles los vacíos de su voluntad y entendimiento, y establecer como en un cielo verdadero, ya desde este mundo; un reyno de bendición y gloria.

El fervor, que es la segunda condición de la oración, no es ni menos importante necesaria de la primera, de quien es inseparable porque jamás las oraciones son puras que no sean fervorosas¹¹⁷”.

Estas páginas indican el misterioso camino por donde Rancé guía a sus hijos al encuentro nupcial con Dios, a la comunión más profunda de su corazón con el ‘ser’. Esta unión es el secreto de la Sabiduría divina, la realidad escondida acerca del destino eterno del hombre, y del monje en particular. Él no se pierde en la descripción de técnicas elaboradas, sino que estructura más la vida de su asceta con la fidelidad a las observancias monásticas, a la vida litúrgica y a los sacramentos. Los sacerdotes son invitados a celebrar cada día la santa Misa, los monjes a recibir con mucha frecuencia la comunión. Hace de la acusación de los pecados una celebración del amor y de la misericordia del Padre. La participación en la celebración coral del oficio divino es particularmente cuidada¹¹⁸.

El camino es concreto, sencillo, y recorrido por nuestro maestro, para llegar a las cimas más elevadas de la oración. Los sacramentos son místicos por excelencia y, al mismo tiempo, los actos más concretos. También en esto él es fiel a la enseñanza de los padres, que desde el siglo IV identifican el misterio de la salvación con la realidad de los sacramentos. Así opinan san Máximo el confesor y el Seudo Dionisio. Según Rancé, la fe tiene también un carácter sumamente existencial para todos, pero sobre todo para el monje. San Gregorio de Nisa enseña que el hombre que no está movido por el Espíritu no es un ser humano. Vida ‘mística’ significa vida ‘cristiana’, ya que es el amor de Dios vivido por el ser humano. En particular el monje debe tenerlo siempre presente, pues con su profesión ha renovado su contrato bautismal¹¹⁹. Desde ese momento se ha convertido en el heredero directo de los mártires, lleno de la presencia de Cristo, emparentado con el Crucificado y el Resucitado, llamado a vivir una purificación profunda en el don total de sí mismo. Esta purificación será el medio, si Dios lo quiere, para llegar al estado de unión nupcial.

Los consejos que Rancé prodiga, sumamente sobrios, están todos dirigidos a hacer del corazón del monje el lugar de Dios. Él debe cultivar el recogimiento, el silencio, la desocupación de las cosas del mundo, postrado en una profunda humildad orante. La *Escalera del Paraíso* de san J. Clímaco, la *Regla* de san Benito..., enseñan que el término de la unión con Dios es la caridad madura, y el Dios bíblico ama al hombre con un amor celoso y totalizante. Es en esta caridad donde el monje tiene que abrir su alma.

“Quiere que vivan los hermanos en una unión tan perfecta, que no haya entre ellos ni división, ni disputa; antes una emulación santa que, a porfía, haga que se procuren dar en todo tiempo los unos a los otros muestras de su amor, respecto y deferencia. Quiere que amen a su superior con una amistad cordial; que egecuten sus órdenes y voluntades como las de Dios; que imiten a Jesu-Christo en sus humillaciones, abatimientos y trabajos; que, por impulso de una humildad sincera, quiere que se pongan bajo los pies de todo el mundo; que en todo se aparten de las costumbres y máximas de las gentes de el siglo, y suspiren sin cesar por los bienes eternos con todo el corazón. Enfin, quiere que se eleven por los egercicios de una piedad continua a aquella consumada caridad que, desterrando todo temor, hace que los hombres sirvan a Dios sobre la tierra, como le sirven en el Cielo los Ángeles, es decir, sin temor ninguno a los castigos, estimulados de la justicia y la verdad tan solamente, por solo el amor de Jesu-Christo, y por el consuelo que tienen de agradaLe¹²⁰”.

“Los santos Padres añadieron a estas dos otra tercera condición, y es la compunción de corazón, que en verdad se puede mirar como un efecto y consecuencia necesaria. Porque no es posible que los que están unidos a Dios por una oración perfectamente pura y fervorosa, es decir, por una plenitud de reconocimiento y amor, no estén penetrados de un vivo dolor, quando consideran que esta bondad, tan digna de ser amada, tiene que sufrir todos los días de parte de los hombres, y ellos mismos se ven en el número de los que padecen la miseria de ofenderle.

Este sentimiento debe animar a todos sus discípulos, y a todos los que se sienten penetrados de un santo zelo por la gloria de su nombre; pero es tan propio a todos los monges, que es como la divisa que los distingue, y ellos son los figurados en aquellos hombres, que gemían las abominaciones de el pueblo, los que marcó el profeta con aquella letra de misericordia por mandado de Dios, que los quería distinguir de aquellos sobre quienes había resuelto que su justicia diera un estallido. Grabad, dice el Señor, la letra Thau sobre la frente de estos hombres que se afligen y gimen las abominaciones que se cometen en medio de Jerusalén...

Por esto, hermanos míos, quisieron los antiguos que hiciesen todas sus oraciones los solitarios con compunción de corazón; que esta se hallara en todas las circunstancias de su vida, en todos sus

ejercicios, y que tubieran particular cuidado de purificar sus oraciones con las aguas de sus lágrimas¹²¹”.

“Comenzad siempre vuestra oración por un profundo reconocimiento de vuestro nada, con una fe viva en aquella promesa de el Espíritu Santo, *oratio humiliantis se nubes penetrabit*¹²². No dejéis, como dice san Basilio, de poner sobre los labios de vuestro corazón algunas palabras de la Escritura, que signifiquen vuestra necesidad, que expresen los misterios, o contengan las verdades que queréis adorar. Primeramente, ya sea que toméis por asunto de vuestra oración las verdades, ya los misterios, consideradlos con atención, meditadlos con cuidado, y penetradlos en toda la extensión que os sea posible. Secundariamente, haced que os penetren y acaloren vuestro zelo, exciten vuestra piedad y produzcan afectos santos en vos. En tercer lugar, si es que os ocupáis de vuestras necesidades y miserias, examinadlas con aplicación; entrad en una discusión menuda y exacta de vos mismo; juzgaos con severidad, manifestando todas vuestras llagas y necesidades a Dios, para que os juzgue con misericordia. En cuarto lugar, para que no se pase vuestra oración en meros impulsos o reflexiones piadosas, tomad resoluciones sobre vuestras necesidades espirituales, para la corrección de costumbres y régimen de vuestra vida, según las faltas que queréis evitar, o las virtudes en que os queréis perfeccionar. En quinto lugar, dad gracias a Dios de que, siendo indignos de aparecer en su presencia, se haya dignado de admitiros a ella. En fin, para facilitaros estos ejercicios, echad mano de aquellos lugares de vuestras lecturas que más os movieron y edificaron, y de los pensamientos más proporcionados para animar vuestra piedad¹²³”.

El maestro aparece modesto en estas palabras. No establece grados de perfección, ni diferentes niveles de intimidad con Dios, sino que respeta totalmente lo que cada persona vive en su intimidad. No obstante, el principiante, en su vida de búsqueda de Dios, ha de practicar un aspecto ascético preponderante. Así él empieza con la visión de la propia realidad humana.

Como siempre, son los padres quienes nos señalan el camino: “Conócete a ti mismo”, porque “¿quieres conocer a Dios? aprende a conocerte a tí mismo¹²⁴”. “El entendimiento que, con la ayuda de la gracia, se orienta hacia Dios, al principio se ve dominado por un primero estado de menoscabo de sí mismo. Por eso el hombre que posee este conocimiento, encontrándose en aflicción espiritual, gime y sufre llorando. Él consigue la contrición de su corazón ... y así adquiere realmente una humildad más sólida y transparente¹²⁵”. “La humildad es, en cierto modo, el principio de la contemplación, y la contemplación, perfección de la humildad¹²⁶”. “Quien ha visto su pecado es más grande que quien ha visto a los Ángeles¹²⁷”. Después de esta toma de conciencia de la propia interioridad, el alma anhela y espera la divina misericordia. En este clima de humildad que se crea poco a poco, y en el cual se desarrolla toda la vida ascética, empieza la subida de la *Escalera del Paraíso*. La atención está dirigida a la fuente del mal, en el corazón del hombre. Es allí donde se realiza la elección. La mortificación intenta conseguir el dominio del espíritu purificado, sobre la parte material del ser humano, realizando así la rehabilitación de la materia¹²⁸. En toda su obra, Rancé persigue esta única finalidad, es decir, purificar al monje de todo lo que en él no es Dios.

El monje, dedicado por completo a esta búsqueda, sumido en el silencio, espera el cumplimiento de la voluntad divina, cuando su alma sea del todo transformada a imagen de su creador. Purificada la capacidad afectiva, experimenta la separación más radical de cualquier espíritu de posesión o de interés mundano, y llega a ser ‘amor’, en el sentido más fuerte de la palabra. Gregorio de Nisa decía: “Ver en realidad a Dios y no estar nunca satisfecho de este deseo”¹²⁹. Cuando el alma no está centrada en sí misma y vive en un total desapego-humildad, su esencia más profunda espera a Dios, desea a Dios y, cuando Él quiera, esta espera se vuelve amor-uniión.

Modesto en la exposición de su método de oración, Rancé manifiesta toda la grandeza y la profundidad de su experiencia:

“Ved, hermanos míos, un método, que es corto, pero que no deja de ser útil y santo. Bien lo podéis seguir, y serviros de él. Pero si no lo hallaseis conveniente; si tubieseis dificultad en acomodaros a él, o no encontraseis todas las utilidades y ventajas que se pretenden, no os atéis de manera que creáis que depende de él vuestra oración. Porque el espíritu de Dios es libre, no está sujeto a las reglas y practicas humanas, se comunica a las almas, y las inspira de el modo que le plaze¹³⁰”.

Este lenguaje no es nuevo. También san Bernardo afirma la libertad de Dios al visitar el alma, cuando y como quiera. No depende del nivel de santidad conseguido, ni de la valentía, ni de las virtudes. Estas categorías ‘mercantiles’, por decirlo así, no pertenecen a la mentalidad de san Bernardo, y Rancé ha aprendido bien esta lección.

“En este caso, hermanos míos, quando os espongáis a los ojos de Dios, y os postréis al pie de sus altares para orar, abandonados al impulso que os quiera dar, con una firme confianza de que aquél que por una protección continua conserva la vida de vuestros cuerpos, no os negará la gracia de pedirle, sin la qual no podéis conservar la vida de vuestras almas. Encomendadle toda la disposición por entero de vuestro hombre interior, y seguid el impulso de su espíritu con una perfecta simplicidad, sea que os incline a meditar sus verdades, a decirle vuestras necesidades espirituales, las de vuestros hermanos, sea que os inspire presentarle las de la Iglesia, sea que os haga derramar ríos de lágrimas por la memoria de vuestras culpas, sea que os eleve a la contemplación de sus inefables bellezas, sea que quiera que lo adoréis con un profundo silencio, sea que os atraiga y os una con sí mismo por los sagrados lazos de su amor, sea que os favorezca con sus luces celestiales, sea que produzca santos

afectos en vosotros, sea que forme resoluciones para vuestra conducta y particular dirección, o bien, sea que os deje en su preferencia sin hacer otra cosa que esperar, en una felicísima ociosidad, las diferentes impresiones que obra en las almas que posee según su beneplacito¹³¹”.

Siguiendo su enseñanza, Rancé lleva a su monje a un nivel totalmente diferente. Hay, por decirlo de otra manera, un salto de calidad. El alma entra en la vida mística, y esto parece querer decir entrar en un contexto de total sencillez y de libertad, porque Dios es sencillo y respeta nuestra libertad. Si quisiéramos buscar una técnica, encontraríamos solamente amor, más aun, la de dejarse amar.

Sólo Dios hace conocer a Dios. El Espíritu Santo nos hace conocer al Hijo y, gracias a Él, vamos al Padre. Cumbre de la imitación de Cristo es el encuentro con Él, la transformación en Él, que habla en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo. Cuando Rancé insiste tanto sobre el desapego, la pobreza, la moderación y la expoliación interior, anhela solamente llevar al monje a un perfecto equilibrio interior, a vivir aquella ‘pasión impasible’ por Dios, que, más allá de manifestaciones excepcionales, le une directamente a Él. “Durante la oración no procurar ver alguna imagen o figura; sé inmaterial, en presencia del inmaterial¹³²”. Rancé se muestra receloso de las experiencias excepcionales. Sus maestros le habían enseñado que aun el éxtasis es un hecho de novicios y no de perfectos: “Si veis a un joven subir por su propia voluntad al cielo, agarradlo por el pie y volvedlo a la tierra, ya que esto no le ayuda a nada¹³³”. Los psíquicos pueden tener estas experiencias, no los espirituales.

“No me detengo, hermanos míos, en daros reglas más extensas, pues no hay cosa donde más se haya escrito y hablado que sobre la oración. Se puede asegurar que es esta una operación toda divina, que se aprende mucho mejor por la unión de Dios que por la instrucción de los hombres, y que así como el Espíritu Santo es el origen y principio, debe ser el Maestro y el Doctor¹³⁴”.

Rancé describe la más alta experiencia de comunión con lo divino. El alma experimenta en sí el paso del temor al amor. Dios la llena de su presencia, y el monje se vuelve ‘nueva criatura’. Todo movimiento cesa y ‘El alma reza fuera de la oración’¹³⁵ o, como dice Rancé aludiendo a san Antonio, ‘El alma no sabe de rezar’. Está en el ocio más total, en el silencio más profundo. Su descanso está más allá de la oración, en la paz que sobrepasa toda paz. ‘Dios viene al alma y el alma emigra a Dios’, como dice san Juan Damasceno¹³⁶. Pero, como siempre, antes de descubrir su intimidad más profunda, describiendo niveles más elevados de comunión con Dios, Rancé suscita una pregunta, y cuya respuesta está confiada, una vez más, a la sabiduría de los Padres:

“¿Cómo es posible que podamos conservar la presencia de Dios, y vivir en continua oración, siendo tan frágiles como somos?

Quando los Santos nos enseñaron que debe ser continua la oración de un Solitario, y que tiene obligación de orar sin cesar, no quisieron decirnos que debe contemplar a Dios de un modo tan fijo, y con una atención tan actual que no permita jamás interrupción. Sabían que este estado tan invariable, y esta inmovilidad tan constante, es propia de los Ángeles, más que de los hombres. Que fuera de esto, hay en los Monasterios ocupaciones ordenadas por Dios, que piden una aplicación tan entera, que retirarían necesariamente a los Monges de la que tenían a esta Magestad infinita y que les robarían por algún tiempo su vista. De manera que, por decirlo así, ya no la considerarían en sí misma, como antes, sino en las criaturas, como en un medio y objeto de interposición¹³⁷”.

En esta afirmación Rancé declara todo lo concreto y lo equilibrado de su línea de guía espiritual. Lo que para nada quiere disminuir la profundidad y la excelencia de la unión con Dios. No hay nada de intelectualismo en la enseñanza de Rancé. Los Padres que menciona con más frecuencia, san Benito, Casiano, san Basilio, san Gregorio de Nisa y san Gregorio Magno, san Agustín - además de san Antón, san Juan Clímaco, san Efrén y san Máximo, - pertenecen todos, a aquella escuela espiritual que, después de los Capadocios, y siguiendo la enseñanza de ellos, pone el acento en la teología trinitaria. El conocimiento de Dios y la unión con Él se realizan en una dinámica de amor. Haciendo hincapié en la Encarnación, la realidad de Cristo se hace dominante y totalizante. Todo en Él está transfigurado y salvado. El monje realiza su vocación en la imitación más perfecta del Hijo de Dios.

“El dictamen de los santos ha sido, pues, hermanos míos, que podía cumplir un religioso esta obligación de orar sin cesar, quando la voluntad de Dios arreglase toda su vida; quando estuviese lleno de su amor su corazón; quando se ajustase en todas cosas a sus órdenes; quando sólo tuviese un deseo, y éste de agradarle; quando por todas sus acciones lo buscase como a su fin, y nada comenzase, que antes no le pidiese, según manda san Benito, con repetidísimas oraciones, que diese su bendición, y se dignase de perfeccionarlo: *In primis ut quidquid agendum inchoas bonum, ab eo perficit instantissima oratione deposcas*¹³⁸. Quando observe esta exactitud un solitario, y viva con esta piedad, se podrá decir que todos sus caminos son santos; que su vida no es otra cosa que un sacrificio de alabanza; que ora sin cesar, y que si, en la diversidad de sus ocupaciones, se le ausenta Dios alguna vez a su espíritu, lo conserva en la fidelidad y buena disposición de su corazón.

San Agustín dice que no hay lengua que pueda alabar a Dios todo el día; pero que el obrar bien en todo es alabanza. *Fac bene quidquid egeris, et laudasti Deum*¹³⁹, Y que por la inocencia de nuestras obras se hace nuestra oración continua ... Y en otro lugar, que nuestro deseo es nuestra oración; y que mientras persevera el deseo, no se interrumpe la oración: *Si continuum desiderium, continua oratio*¹⁴⁰.

San Juan Clímaco quiere que consista la continua oración de un Solitario ‘en un tener a Dios por objeto y regla de todos sus ejercicios, de todos sus pensamientos, de todas sus palabras, de todos sus movimientos y de todas sus marchas; y no hacer cosa sin su presencia, con un fervor siempre interior y siempre nuevo¹⁴¹”.

Casiano dice que cuando se establezca nuestra alma en paz y esté enteramente libre de todos los enlaces y todas las pasiones carnales, y cuando se junte a Dios nuestro corazón por una aplicación invariable, cumpliremos aquel precepto de el apóstol, 'orad perenemente, y en todo lugar levantad al cielo con pureza vuestras manos...' Convertida toda nuestra alma de terrena que era en espiritual, y semejante a los Ángeles, todo lo que oye, todo lo que dice y todo lo que hace, viene a ser una verdaderísima, y purísima oración¹⁴². En otro lugar dice que 'Haremos una oración continua, quando todo lo que deseamos, todo lo que buscamos, todo lo que aparecemos, todo lo que pensamos, todo lo que vemos, todo lo que decimos, todo lo que esperamos, será Dios, y no más¹⁴³ⁿ'.

Rancé es testimonio clásico de la espiritualidad de los padres griegos, que ponen la vida mística en lo divino, donde tiene origen la "nueva creatura"¹⁴⁴. Dios es más íntimo al hombre de cuanto el hombre lo es a sí mismo. La vida en lo divino llega a ser para el hombre más sobrenaturalmente natural que su misma vida humana.

"Así, hermanos míos, para quitaros la pena que podéis tener en averiguar cómo puede ser que uno se olvidó de tal suerte en la oración, que no advierta que ora, os diré que quando rompió una alma los lazos que aquí bajo la aprisionan y, saliendo de sí misma por todas las acciones de el espíritu, y por todos los afectos de el corazón, se llega a Dios en la oración, se asemejó a uno que mirase de hito el sol de medio día, cuyos ojos quedarían tan ofendidos y deslumbrados de sus rayos, que sólo vería la claridad que lo rodeaba, no se extendería a más su vista, y no percibiría ninguno de los demás objetos que tenía presentes. Así, quando por una gracia particular queda penetrada de Dios el alma, y como abismada en esta fuente de luz inaccesible, no ve más que a Él, no mira más que a Él, ni conoce más que a Él, todo se le pasa por alto y desaparece, menos esta bondad que posee, y de quien es poseída. Esta bondad, vuelvo a decir, que la tira, y arrebatada sin cesar por el poderío de sus infinitos atractivos; que la constituye incapaz de suspender y detener su acción, ni por un sólo instante, y que, no le permitiendo volver, ni hacer sobre sí misma ninguna reflexión, hace que se desconozca, y que no se sepa lo que en ella se pasa, hasta no advertir que su estado es efecto de la excelencia de su oración¹⁴⁵ⁿ'.

Es el paso del temor al amor. "El amor es Dios que lanza la flecha, su Hijo unigénito, después de haber bañado las tres extremidades de la punta con el Espíritu que da la vida. La punta es la fe, que no solamente introduce la flecha, sino el Arquero con ella¹⁴⁶ⁿ". Así dice San Gregorio de Nisa. Cada movimiento cesa, para tomar un ritmo desconocido hasta entonces. "El alma reza fuera de la oración¹⁴⁷ⁿ". Es el silencio, el descanso más total, por encima de toda oración. "Dios viene al alma y el alma emigra en Dios¹⁴⁸ⁿ", dice aún San Juan Damasceno. En esta fase todo parece luminoso y oscuro al mismo tiempo. El hombre sufre unas transformaciones que no se explican a nivel humano. Su corazón se abre al infinito en el amor universal, en la felicidad y en la alegría de la Pascua.

"De esta oración hablaba el real propheta, por aquellas palabras, *Inebriantur ab ubertate domus tua, et torrente voluptatis tuae potabis eos*¹⁴⁹, donde nos enseña que Dios se da y se derrama en las almas, con tal abundancia, efusión y plenitud, que se puede decir que rebosan sus gracias y favores y, postradas en una especie de sopor y sueño ocasionado de esta santa embriaguez, olvidan todas las cosas, y se olvidan de sí mismas, sin conserbar más adbertencia que para gustar sus inefables comunicaciones y dulzuras.

En este estado se hallaba el santo apóstol, quando fue arrebatado al tercer cielo, donde oyó de voca de Dios secretos y misterios que ni se pueden decir ni comprender. No nos pudo decir con precisión lo que pasó por él en estos felicísimos momentos; ni supo, según él mismo dice, cómo fue este rapto, si sola su alma fue transportada, o si tubo también parte en esta elevación su cuerpo.

Finalmente, una alma elevada por este ardor y por la vivacidad de su oración, y como sumergida en el seno de Dios, halla en este abismo inagotable de toda especie de bienes, infinitas consolaciones; se deja llevar por el impulso de su amor; sigue la impetuosa violencia de su atractivo; sacia todos sus deseos; no piensa, ni ve más que la felicidad que goza, y todo lo demás es como si no fuera para ella. Si este modo de oración es tan extraordinario, es por ser tan rara la pureza de corazón, y porque hay poquísimas personas que se presentan a Dios con aquel vacío y desprendimiento, que merece copiosas bendiciones. Tira el mundo, tira el amor propio en todos los estados y profesiones, por tantos lazos sensibles o insensibles, que, como la víctima que se ofrece es defectuosa casi siempre, no la mira Dios con aquel agrado que la mirara si fuese más completa. La plenitud atrae la plenitud; el que poco da, poco recibe; la latitud de nuestro corazón excita y apremia la liberalidad de Dios; y si las almas se abandonan y dejan a sí mismas, quando lo buscan y lo quieren hallar en la oración, él les abrirá sus tesoros, las colmará de sus riquezas, y les dará ciento por uno; la vista, y consideración de esta Magestad infinita las arrebatará, y en este precioso tiempo de la oración se las unirá por una contemplación tan eminente, tan fixa, y tan immutable, que nadie será capaz de separarlas, ni distraherlas. Ved lo que pensaba san Antonio, y con este gran concepto que tenía de la oración, vino a decir que 'el que advierte que ora, no ora en realidad'.

Es preciso, nota, que quando una alma, por inconstancia y fragilidad de la naturaleza, a quien no puede menos de ceder, se ve precisada a bajar de este estado tan sublime y volver a tratar en cosas de la tierra, se mira como en una región de tinieblas, como en un lugar lleno de horror; no percibe cosa que no la aflija; las personas, las ocupaciones y los negocios le son molestos; todo está lleno de hiel y de amargura para ella; hablar, comer, beber, dormir, son necesidades que la bruman; desfallece, y suspira sin cesar por lo que perdió, y solamente la puede consolar la disposición de Dios, a quien se quiere sugetar, y la esperanza que tiene de salir luego de su prisión, pero cuenta, no obstante, todos los momentos, y cada uno le parece millares de años¹⁵⁰ⁿ'.

María

Se ha dicho y reiterado que Rancé habla poco de María. Pero, es sabido que un aspecto típico de la espiritualidad Berulliana, tan apoyada en los tiempos de Rancé, es “nunca separar el Hijo de la Madre¹⁵¹”.

Bérulle había escrito una fórmula de plegaria a Jesucristo, e, inmediatamente después, otra en la cual se rendía homenaje a las grandezas de María Santísima y se consagraba a su servicio¹⁵². Cristología, por consiguiente, juntamente con mariología. La cristología de Rancé encierra el mismo aspecto mariológico que él ha apoyado con fuerza en el pensamiento de los Padres antiguos. Esta afirmación se basa también en la especial simbología de la estatua de la Virgen que Rancé puso sobre el altar renovado de la Trapa, y estas palabras estaban grabadas a los pies de la estatua misma:

“Tu que llegas animado por el espíritu de fe,
para recibir el pan sagrado de la vida,
tomalo dignamente, cristiano, y recuerda
que está amasado con la sangre purísima de María¹⁵³”.

¿Qué decir de estas palabras del mismo Abad?:

“En verdad, desde cuando sabemos que el mundo entero no subsiste más que por mérito de la Encarnación, fundamento de la salvación de los hombres y puerta del cielo, yo no entiendo con cuál presunción y temeridad se pretende de poder entrar sin honrar Aquélla de la cual Dios se ha servido para darnos la vida; si la redención es el precio de la sangre de Jesu-Christo ¿podemos ignorar la relación que existe entre esta sangre y la de Aquélla de la cual proviene? ¿Podemos ignorar que tal relación es tan íntima que, según cuanto piensan los Padres, ‘La carne de Cristo es la carne de María’¹⁵⁴”.

Conclusión

A pesar de su deseo profundo y verdadero de volver a los tiempos de oro del monaquismo antiguo, Rancé no pudo conseguir por entero este objetivo, según admite él mismo, aunque sus contemporáneos atestiguan unánimes que Rancé fue el maestro espiritual de su siglo más fiel a las antiguas enseñanzas. Leyendo sus obras, parece clara su veneración por los Padres antiguos, que cita continuamente. También el Concilio de Trento había pedido con fuerza volver al estudio de estos Padres, y, en el ambiente espiritual oratoriano, en que Rancé vivió su conversión, estas obras estaban muy estimadas. Rancé tenía, pues, también este motivo ‘eclesial’ de amor a los Padres, además de su estima personal. Sin embargo, él apreciaba al mismo tiempo a los espirituales modernos, que cita a menudo. Todas estas consideraciones, la gran cultura de Rancé, la clase social de la que procedía, el período histórico en que se desarrolló su vida y los acontecimientos dolorosos que la marcaron, hacen ver la complejidad del personaje y la necesidad de no detenerse ante las primeras impresiones, ni tampoco ante los juicios negativos del pasado. Así, investigando más en profundidad, se llega a la convicción del valor espiritual de su enseñanza. Rancé fue hombre de índole fogosa, que la Gracia de Dios suavizó y condujo a un gran equilibrio y prudencia en la guía de sus hijos por el camino teológico de la ‘Imitatio Christi’. Él, en su enseñanza, hace una síntesis muy provechosa de la espiritualidad de los Padres orientales, orientada hacia la nueva adquisición de la prerrogativa de ‘Icona’ de la divinidad, que el hombre posee desde su creación, y de la de ser hijo del Padre, participante de su misma naturaleza. Toda su enseñanza sobre la purificación del corazón apunta a este tema. Entrar en comunión con Jesús, dejarse llenar por su vida de amor y de gracia. Reproducir, aunque de lejos y por participación, el misterio de su “Ser”, es decir, vivir una verdadera ‘divinización’, pasando del estado de injusticia, de esclavitud al mal, de muerte, a un estado de justicia, de libertad espiritual, de vida eterna, que él llama ‘angelical’. Rancé no olvida, tampoco a los Padres occidentales, san Agustín en particular, ni a los más modernos, como santa Teresa, san Francisco de Sales ni a los oratorianos, que acentúan la dimensión redentiva del sufrimiento, de la vida de humillación y de dolor, que condujo a Jesús a la muerte para la salvación del hombre. Él, el obediente por antonomasia a la voluntad del Padre. La voluntad del hombre caído tiene que dejarse asimilar a la voluntad del Padre. Para conseguir esto, tiene que aceptar el camino del sufrimiento, como camino obligatorio de una auténtica conformidad a la voluntad eterna de salvación del Padre. Esta es la poderosa voz de la *École française*, que señala el camino de la imitación de Cristo. Rancé nunca trata de hablar teóricamente de teología, pero sus monjes, por la misteriosa solidaridad con Cristo que en su profesión prometieron, respiran con estos dos pulmones.

Vista de esta forma, dando relieve a su aspecto teológico, la doctrina de Rancé parece más comprensible, aunque un algo áspera, en sus aspectos más alejados de la cultura moderna. Es bueno descubrir sus tesoros.

Anna Maria Caneva
Monastero Trappiste
Vitorchiano – Viterbo - Italia

NOTE

▼ En el presente artículo se encontrará la síntesis de unos temas de la obra de Rancé tratados en una breve sesión dada en algunos monasterios de Latino-América : Quilvo, Hinojo, Humocaro, La Loma.

¹ Armand-Jean Le Bouthillier de Rancé nació en París el 9 de enero 1626, murió en la Trapa el 27 de octubre 1700.

² Ver: Jean-Marie Mayeur, Charles Pietri, André Vauchez, Marc Venard, *Histoire du Christianisme des origines à nos jours*, t. 8 y 9, Poitiers 1992.

³ Ver: Augustin Fliche, Victor Martin, *Storia della Chiesa*, t. 19/1 y 19/2, Torino 1976.

Ricardo García Villoslada, Juan María Laboa, *Historia de la Iglesia Católica*, t. 4, Madrid 1997., y t. 3, Madrid 1999.

Giacomo Martina, “Epoca del absolutismo”, en *La iglesia, de Lutero a nuestros días*, tr. al castellano por Joaquín Ortega, 2, Madrid 1970, p. 16-104.

⁴ Ludwig barone von Pastor, *Storia dei Papi dalla fine del M.E., compilata con il sussidio dell'Archivio segreto pontificio e di molti altri archivi*, t. 13, Roma 1934, p. 511-519.

Ver también:

Pierre Grillon, *Les papiers de Richelieu : section politique intérieure correspondance et papiers d'État*, Paris 1975.

Victor-Lucien Tapié, *La Francia di Luigi XIII e di Richelieu*, Milano 1967.

⁵ Pierre Blet, *Le clergé de France et la Monarchie. Étude sur les assemblées du clergé de 1615 à 1666*, 2, Roma 1959, p. 120-174. 228.

Ver también:

Pierre Jansen, *Le Cardinal Mazarin et le mouvement janséniste*, Paris 1967.

Georges Dethan, *Mazarin et ses amis, étude sur la jeunesse du Cardinal d'après ses papiers conservés aux archives du Quai d'Orsais, suivie d'un choix de lettres inédites*, Paris 1968.

Pierre Goubert, *Mazarin*, Paris 1990.

En realidad el 1657 se reveló un año crucial en la vida de Rancé. Fue el año de la muerte de Madame de Montbazon, su amiga, y también el año en que se declaró oficialmente la enemistad del Cardenal Mazarino. En este mismo año la gracia de Dios empujó a Rancé a la conversión.

⁶ Robert Mandrou, *Louis XIV en son temps*, Paris 1973.

Alain Niderst, *Le siècle de Louis XIV*, Paris 1997.

⁷ Ricardo García Villoslada, Juan María Laboa, “El catolicismo pierde la hegemonía de Europa”, “Supremacía del poder civil”, en *Historia ... católica* (ver nota 4), t.4, p. 14-17.

Acerca de las cuestiones sobre el derecho de Regalía (privilegio) y por el Galicanismo ver:

Ludwig von Pastor, *Storia ... archivi* (ver nota 4), t. 14, Roma 1934, p. 214. 400-409 y 437-443.

Edmond Préclin, Eugène Jarry, “Conflitto della Regalia”, en Augustin Fliche, Victor Martin, *Storia della Chiesa*, t.19/1, Torino 1976, p. 238-254; Luigi Mezzadri, “Orientamenti storiografici attuali sulla questione della Regalia e sui quattro articoli del 1682”, *Ibid.*, p. 579-584.

Aimé-Georges Martimort, *Le gallicanisme*, Paris 1973.

⁸ Marcel Lachiver, *Les années de misère*, Fayard 1991.

⁹ Georges Duby, Robert Mandrou, *Storia della civiltà francese*, Milano 1968.

¹⁰ Hubert Jedin, “La spiritualità in Francia nel secolo XVII”, en *Storia della Chiesa*, t. 7, Jaca

Boock, Milano 1978, p. 88-108 y “Il Pensiero cristiano in Francia nel secolo XVII”, *Ibid.*, p. 89-125.

¹¹ Henri de Lubac, *Agostinismo e teologia moderna*, Bologna 1968.

Bernardino Llorca, “Movimientos heterodoxos y controversias teológicas”, en *Historia ... católica* (ver nota 4), t. 3, p. 1049-1058.

¹² Robert Mandrou, *La France au XVIIe siècle*, Parigi 1967.

Viviane Barrie-Curien, Marc Venard, “Les Clergés”, en *Histoire du Christianisme ...* (ver nota 2), t. 8, p. 857-921.

Marc Venard, Bernard Vogler, “La vie religieuse”, en *Histoire du Christianisme ...* (ver nota 2), t. 8, p. 923-988.

¹³ Robert Mandrou, *Magistrati e streghe nella Francia del '600*, Bari 1979.

Marc Venard, “La hantise du diable”, en *Histoire du Christianisme ...* (ver nota 2), p. 1029-1060.

¹⁴ Ludwig von Pastor, *Storia ... archivi* (ver nota 4), t. 11, Roma 1933, p. 522-586.

Ver: Henri Bremond, “La vie chrétienne sous l'ancien régime”, *Histoire littéraire du sentiment religieux...*, t. 9, Paris 1932.

Bernardino Llorca, Ricardo García Villoslada, Juan María Laboa, “Cancancio del mundo católico”, en *Historia de la Iglesia católica*, Madrid 1998, p. 18-29.

¹⁵ Esta situación permitió también a Rancé llevar, antes de su conversión, una vida mundana como sacerdote.

¹⁶ Jean Orcibal, *Le Cardinal de Bérulle. Evolution d'une spiritualité*, Paris 1965.

¹⁷ André Dodin, *Saint Vincent de Paul et la charité*, Paris 1960.

¹⁸ Conversación, charla.

¹⁹ René Bray, artículo “Salons”, *Dictionnaire des Lettres Françaises*, Paris 1954, p. 925-928.

Jacques Vier, *Histoire littéraire de France, XVII-XVIIIe siècle*, Paris 1959, p. 203-204.

Jacques Le Brun, artículo “France”, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 5, Paris 1964, col. 917-953.

El ‘bel abbé de cour’ A.-J. Le Bouthillier de Rancé fue bien conocido en estos ambientes mundanos.

²⁰ René Rapin, *Mémoires sur l'Église*, t. 1, p. 403-405, en Alain Niderst, *Les Français vus par eux-mêmes, le siècle de Louis XIV*, Paris 1997, p. 409-410.

²¹ Michel Dupuy, artículo “Jansénisme”, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 8, Paris 1974, col. 121.

Hubert Jedin, “Origine e sviluppo del Giansenismo”, “Il conflitto giansenista”, en *Storia della Chiesa* (ver nota 10), t. 7, p.28-65.

Giacomo Martina, “El Jansenismo”, en *La Iglesia, de Lutero a nuestros días*, 2, *Epoca del absolutismo*, tr. por Joaquín L. Ortega, Madrid 1974, p. 179-200.

²² En 1635, el Abad de Saint-Cyran era director de las monjas de Port-Royal. En 1638 Richelieu le suponía más peligroso que seis armadas, y le hacía encarcelar. Permaneció en la cárcel durante seis años y murió pocos meses después de su excarcelación, en 1643. Puede ser interesante, para subrayar el valor de la persona, saber que Saint-Cyran, a la muerte de San Francisco de Sales, fue el director espiritual de Santa Juana de Chantal.

²³ Después de su conversión Rancé siguió, a lo largo de unos meses, los consejos espirituales de Robert Arnauld d'Andilly (1588-1574).

- ²⁴ Mientras Saint-Cyran estaba en la cárcel, Antonio Arnauld, ponía por escrito el pensamiento del maestro. En 1641 se publicó, en efecto, el *De la fréquente Communion*. El librito dio origen a dos partidos que se combatieron ferozmente: los partidarios y los opositores de la comunión frecuente, o, por lo que concierne la confesión, los contricionistas y los atricionistas, es decir, los arrepentidos por temor del castigo.
- ²⁵ Armand-Jean Le Bouthillier de Rancé, *Correspondance*, t. 2, por Alban John Krailsheimer, Paris 1993, al “Maréchal de Bellefonds”, 30 noviembre de 1678, p. 245.
- ²⁶ Jean Carreyre, artículo “Rancé”, *Dictionnaire de Théologie*, t. 13, Paris 1936, cl. 1652 - 1656.
- ²⁷ Alban John Krailsheimer, artículo “Rancé”, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 13, Paris 1988, col. 81-90
- ²⁸ Charles Maisne llegó por primera vez a la Trapa probablemente en 1674, con intención de hacerse monje. Pero su salud enfermiza no se lo permitió. Se quedó de lego, como otros muchos oblatos, a quienes Rancé confiaba los asuntos externos del Monasterio.
- ²⁹ *Santidad y deberes de la vida monástica, Prólogo del Autor*, traducido por Juan de Sada, Pamplona 1777-1778. A continuación tomaremos siempre nuestras citas de esta traducción y citaremos siempre esta obra con la abreviatura: Sant.
- ³⁰ Pierre de Maupeou, *Vie du T.R.P. A.-J. Bouthillier de Rancé*, Paris 1703, t. 2, p. 26. Ver también: Juan de Sada, *Historia de los deberes de la vida monástica, para servir de prólogo a su traducción*, Pamplona 1777-1778.
- ³¹ Jacques Bénigne Bossuet, Lettre L, a “M. Le Roy Abad de Haute-Fontaine”, Versailles 10 agosto 1677, *Œuvres complètes*, t. 10, Paris 1846, p. 630-631. Traducida por el Padre Valeriano Rodríguez, Sch. P.(Scholarum Piarum), que también revisó el español de todo este artículo y puso acentuación y puntuación moderna en los textos antiguos de Juan de Sada, que hemos dejado en su redacción del siglo XVIII. Le estamos muy agradecidas.
- ³² Juan de Sada tradujo también del mismo autor: *Relación de la vida y de la muerte de algunos religiosos de la abadía de la Trapa*, Pamplona 1783, 1797 y 1799; dos *Suplementos* a esta obra: *Descripción de la abadía de la Trapa*, versión del francés, con una crítica de la polémica sostenida por Mabillon y Rancé, Pamplona 1786. Dejó además otros escritos de que da noticia el Padre Muñiz en su *Biblioteca Cisterciense*.
- ³³ Dedicatoria *A todos los monges y monjas cistercienses de los reynos de Aragon y Navarra*, que precede la traducción.
- ³⁴ Juan de Sada, *Historia de los deberes de la vida monástica, para servir de Prólogo a su traducción*.
- ³⁵ Sant., I, p. 1.
- ³⁶ Sant., I, p. 210.
- ³⁷ Sant., I, p. 214.
- ³⁸ Sant., I, p. 307.
- ³⁹ Sant., III, p. 185.
- ⁴⁰ Para evitar mayores males.
- ⁴¹ Traducida también por Juan de Sada.
- ⁴² Esta querrela con Mabillon empezó en 1684.
- ⁴³ París 1689. Traducida por Juan de Sada, Pamplona 1786.
- ⁴⁴ Otras obras de Rancé fueron: *Constitutions de l'Abbaye de la Trappe*, Paris 1671; *Lettre à un ecclésiastique (Le Roy)*, Rouen 1677; *Conférences et instructions sur les épîtres et les Évangiles des dimanches*, Paris 1678, 3 vol.; *Les instructions de saint Dorothee*, Paris 1686; *Response au traité des études monastiques*, Paris 1692; *Réflexions morales sur les quatre Évangiles*, Paris 1699, 4 vol.; *Conduite chrétienne adressée à S.A.R. Mme de Guise*, Paris 1697; *Les règlements de l'Abbaye de N.D. de la Trappe en forme de Constitutions ... avec des réflexions et la carte de visite faite à N.D. des Clairets*, Paris 1718; *Les Lettres: Correspondence*, por Alban John Krailsheimer, Paris 1993, 4 vol.
- ⁴⁵ El Cardenal Bona (1609-1674) fue creado cardenal en 1669 por Clemente IX. Enemigo de todo relajamiento, fue grande amigo de Rancé.
- ⁴⁶ Le Nain 1717, 5 vol.
- ⁴⁷ ‘Esta colección es la obra más cautivadora de su autor’.
- ⁴⁸ Sant., I, p. 172.
- ⁴⁹ Sant., I, p. 1.
- ⁵⁰ Sant., I, p. 2-3.
- ⁵¹ Sant., III, p. 240.
- ⁵² Sant., I, p. 4.
- ⁵³ Sant., III, p. 240-241.
- ⁵⁴ Gueric Couilleau, artículo “Saint Jean Climaque”, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 8/1, Paris 1974, col. 369-389.
- ⁵⁵ Raphaël Oechslin, artículo “Image et ressemblance”, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 7/2, Paris 1971, col. 1451-1463.
- ⁵⁶ Lucas 17,21. Nueva Biblia española, Madrid 1975.
- ⁵⁷ *Correspondance*, 2 (ver nota 43), p. 145-146.
- ⁵⁸ Étienne Gilson, *La Théologie mystique de Saint Bernard*, Paris 1947, p. 31. Por lo que atañe a la espiritualidad francesa del siglo XVII ver: Jacques le Brun, “France”, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 5, Paris 1964, col. 931-939; Henri Bremond, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis les guerres de religion*, 12 vol., Paris 1915-1933.
- ⁵⁹ Armand-François Gervaise, *Histoire générale de la Réforme de l'Ordre de Cîteaux*, Avignon 1746, p. 365.
- ⁶⁰ Sant., I, p. 91.
- ⁶¹ Sant., I, p. 92.
- ⁶² *Ad fratres de Monte Dei*, c. 2. Notamos aquí la atribución, por parte de Rancé, de esta obra, a san Bernardo, según la tradición más antigua. En el siglo XVII muchos estudiosos en Francia reconocían ya en Guillaume de Saint Thierry el verdadero autor de esta carta. El mismo Mabillon lo hizo en 1690. Para la noticia completa sobre la historia de la atribución de este documento ver: *Lettre aux Frères du Mont-Dieu*, Sources Chrétiennes, 223, Paris 1975, p. 50-121.
- ⁶³ Sant., I, p. 103-104.
- ⁶⁴ Juan Climaco, *Escala Espiritual*, tr. por Teodoro Martín, Salamanca 1998, grad. 30, 11, p. 256.
- ⁶⁵ Levítico 11, 44. “Sed santos porque Yo soy santo”.
- ⁶⁶ Cantar de los Cantares 4, 7. “¡Toda eres hermosa, amada mía, y no hay en ti defecto!”.
- ⁶⁷ Sant., I, p. 134
- ⁶⁸ Cfr. Cristos Yannarás, *La Persona e l'Eros*, Atene 1992, p. 192.
- ⁶⁹ Juan Climaco, *Escala Espiritual*, tr. por Teodoro Martín, Salamanca 1998, grad. 15, 2. p. 131.
- ⁷⁰ Sant., I, p. 135.
- ⁷¹ Sant., I, p. 138.
- ⁷² Sant., I, p. 140.

- 72 Ver.: Étienne Gilson, *La théologie mystique de Saint Bernard*, Paris 1947, p.115-117.
- 73 Sant., I, p. 150.
- 74 Ignazio d'Antiochia, *Ad Romanos*, 5,3, tr. Guido Bosio, Torino 1966, p. 107. "Ahora empiezo a ser discípulo de Cristo porque no deseo nada de lo que hay en el mundo". Ver También en *Padres apostólicos*, tr. por Daniel Ruiz Bueno, Madrid 1950, p. 478.
- 75 Ignazio d'Antiochia, *Ad Romanos*, 6, 3, tr. Guido Bosio (ver nota 74), p. 108-109. Ver también: *Padres apostólicos* (ver nota 74), p. 478. "Permitidme ser imitator de la pasion de mi Dios". Sobre *Rom.* 3, 5 y 6 ver: Sources Chrétiennes, 10, 1969, p. 110-115. Ver también: *Padres apostólicos* (ver nota 74), p. 476. 478. Sobre el martirio ver: Étienne Ledeur, artículo "Imitation du Christ", *Dictionnaire de Spiritualité*, 7/2, Paris 1971, col. 1564-1565.
- 76 Ver: Pierre-Thomas Camelot, artículo "Ignace d'Antioche", *Dictionnaire de Spiritualité*, 7/2, Paris 1971, col. 1253-1266. Ver: Ignazio d'Antiochia, *Ad Romanos*, 6, 2; 7, 2-3, tr. Guido Bosio, (ver nota 74), p. 108-109; Ver también: *Padres apostólicos* (ver nota 74), p.478. 479. San Pablo, Galatas 5,24.
- 77 Ver nota 71.
- 78 Sant., I, p. 150. 151. 152. 159-160.
- 79 Sant., I, p. 171. Galatas 2,20. "Ya no vivo yo, vive en mí Cristo".
- 80 Ver : Paolo Martinelli, *La morte di Cristo come rivelazione dell'amore trinitario nella teologia di Hans Urs von Balthasar*, Milano 1996, c. 8 – 10, p. 314 – 422.
- 81 Juan 4,23. "Se acerca la hora en que los que adoran al Padre lo adorarán con Espíritu y verdad".
- 82 Sant., I, p. 88
- 83 San Benedetto, *Regola*, tr. Anselmo Lentini, 2ª ed., Montecassino 1980, c. 7, 45, p. 154. Ver también: *La Regla de San Benito*, tr. Iñaki Aranguren, Madrid 1979, c. 7, 67, p. 99.
- 84 Hervé du Tertre, abad de Prières, hizo la primera visita regular en 1676; en 1685 hizo una segunda visita el abad de Val-Richer. Los dos dejaron Cartas de visita muy buenas.
- 85 Sant., I, p. 193-194.
- 86 Lucas 12,49; "Fuego he venido encender en la tierra ¿ y qué más quiero si no que prenda?". Sant., I, p. 199-200.
- 87 Missale romanum, Editio typica, Vaticano 1970, *Preconio pasnal*, "Para rescatar al siervo dió al Hijo", p. 272. Sant., I, p. 201.
- 88 Sant., I, p. 201.
- 89 Ezequiel 36,26. ; "Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo".
- 90 Sant., I, p. 202.
- 89 Colosenses 3,17.
- 92 Juan 13,35. "En esto conocerán que sois discípulos míos: en que os amáis unos a otros".
- 93 Sant., I, p. 298.
- 94 San Basilio, *Les Règles monastiques*, tr. Léon Lébe, O.S.B., Maredsous 1969, q. 7, p. 65. Sant., I, p. 298-299.
- 95 Sant., I, p. 299.
- 96 Juan 17, 22. "Yo les he dado a ellos la gloria que Tú me diste, la de ser uno como lo somos nosotros".
- 97 Sant., I, p. 300-301.
- 98 Sofonias 3,9. "de común acuerdo".
- 99 Sant., I, p. 309.
- 100 Sant., I, p. 301.
- 101 Sant., I, p. 303.
- 102 Saint Cyprien, *L'oraison dominicale*, tr. Michel Réveillaud, Paris 1964, p. 132-133; PL, 4, cl. 524. Ver también: *Obras de San Cipriano*, "Del Padre Nuestro", tr. por Julio Campos, Madrid 1954, p. 204-205.
- Gustave Bardy, artículo "Cyprien", *Dictionnaire de Spiritualité*, 2/2, Paris 1953, col. 2663-2668.
- 103 Sant., I, p. 305.
- 104 Lucas 18,1. "Orar sempre y no desanimarse".
- 105 El Concilio de Trento había solicitado un retorno a la lectura de los textos de los Padres y desde el comienzo del siglo XVII, con la aceptación de las resoluciones del Concilio, en Francia se había iniciado una actividad de traducción e impresión verdaderamente notable. Entre otras: las traducciones de Arnould d'Andilly, *Vies des saints pères des déserts* (1647-1652), *La escalera santa*, de Juan Climaco (s.d.), y la publicación de la *Magna Bibliotheca patrum et auctorum ecclesiasticorum*, de Marguerin de la Bigne, edición 1624 por Fronton du Duc, (duobus tomis graeco-latinis aucta qui graecos auctores utraque lingua complectuntur), Paris 14 vol, in-folio. También las ediciones de 1644 y de 1654 de la misma *Bibliotheca ...*, Paris 17 vol. in-folio, estan hechas en griego y latín, pero no la *Maxima bibliotheca veterum Patrum*, que va dar lustro al final del siglo, Lyon, Anisson, 1677, 27 vol. in-folio. Los tiempos cambian y en la introducción de esta edición se advierte que un solo lector entre mil echará de menos la falta del griego". ver : Noëmi Hepp, "Antiquité chrétienne et antiquité païenne dans la culture française du XVIIe siècle", *Revue de la Société d'étude du XVIIe siècle*, 1981, t. 131, n°2, p. 117-133.
- Para la historia de Francia: Antoine Adam, *Du mysticisme à la révolte. Les Jansénistes du XVIIe siècle*, Paris 1965.
- Georges Duby, Robert Mandrou, *Storia della civiltà francese*, Milano 1974.
- Roland Mousnier, *Les institutions de la France sous la monarchie absolue*, Paris 1992.
- Antoine Adam, *Histoire de la littérature française au XVIIe siècle*, Paris 1997.
- 106 Sant., I, p. 92, 103-104.
- 107 Sant., I, p. 2-3.
- 108 Sant., I, p. 326.
- 109 Sant., I, p. 216 ; Salmos 83,3 (84,3), "Mi alma se consume anelando los atrios del Señor".
- 110 Lucas 18, 1. Ver nota 103.
- 111 Sant., I, p. 328-329.
- 112 Eclesiástico 18,22. "Nada te impida orar sempre".
- 113 Eclesiástico 18, 23. "Antes de orar preparate, no imites a los que tientan al Señor".
- 114 Sant., I, p. 329-330.
- 115 Sant., I, p. 331-332.
- 116 Bernard de Clairvaux, *Super Cantica Canticorum*, sermón 40, 4, (Ed. Leclercq, Talbot et Rochais, t. 2), Roma 1958, p. 27. "An nescis te verecundum habere sponsum, et qui nequaquam suam velit tibi indulgere praesentiam, praesentibus ceteris?". Ver también : *Obras completas de San Bernardo*, Intr. Por Juan María de la Torre, tr: por Iñaquí Aranguren,"Sobre el Cantar de los Cantares", Sermón 40, 4, Madrid 1987, p. 557.
- 117 Sant., I, p. 332-334.

- ¹¹⁸ Ver: *Règlements généraux pour l'Abbaye de la Trappe*, Muguet, Paris 1690; Félibien des Avaux, *Description de l'Abbaye de la Trappe*, Paris 1671.
- ¹¹⁹ Gregorio Penco, "Sulla professione monastica come secondo Battesimo", *Rivista liturgica*, anno 47°, gennaio-febbraio 1960, 1, p. 34-39.
- ¹²⁰ Sant., I, p. 118.
- ¹²¹ Sant., I, p. 335-336.
- ¹²² *Eclesiástico*, 35, 21 "Los gritos del pobre atraviesan las nubes".
- ¹²¹ Sant., I, p. 341-342.
- ¹²⁴ "¿quiere conocer a Dios? aprende a conocerte a ti mismo", *Filocalia*, 1, bajo la dirección de Giovanni Vannucci, Firenze 1978, p. 49.
- Louis Bouyer, *La spiritualité du Nouveau Testament et des Pères*, Paris 1966, p. 456. Para el monaquismo antiguo ver también: Vincent Desprez, *Le monachisme primitif*, Bellefontaine 1998.
- ¹²⁵ Nicodimo Aghiorita, Macario di Corinto, *Filocalia*, 4, tr. por Benedetta Artioli, Francesca Lovato de Monteveglio, Torino 1987, p. 311.
- ¹²⁶ Nicodimo Aghiorita, Macario di Corinto, *Filocalia*, 4 (Ver nota 124), p. 310.
- ¹²⁷ Isaac el Siro, PG (*Patrologia Graeca*, J-P Migne), t. 86, col. 849.
- ¹²⁸ Elred Squire, *Alla scuola dei Padri*, Brescia 1990, c. 5, p. 61-75.
- ¹²⁹ Gregorio de Nisa, *Vie de Moïse*, tr. Jean Daniélou, Sources Chrétiennes, 1ter, Paris 1968, p. 260-261. PG, 44, cl. 298-430.
- ¹³⁰ Sant., I, p. 342.
- ¹³¹ Sant., I, p. 342-343.
- ¹³² Nilo del Sinai, *De Oratione*, PG, t. 79, col. 1193.
- ¹³³ *Vitae Patrum, Thesaurus Patrum floresque doctorum ... hoc est dicta, sententiae et exempla*, Parisiis 1826, t. 5, c. 10, 111. Ver también : I Padri del deserto, *Detti*, Roma 1972, Nau 244, p. 216.
- ¹³⁴ Sant., I, p. 343.
- ¹³⁵ Isaac el Siro, PO (*Patrologia Orientalis*, R. Graffin, F. Nau), 11, Paris 1915, p. 365.
- ¹³⁶ Juan Damasceno, *De Fide orthodoxa*, PG, t. 94, col. 1074-1090.
- ¹³⁷ Sant., I, p. 343-344.
- ¹³⁸ San Benito, *La Regla ...*, tr. Iñaki Aranguren, Madrid 1979, Prologo 4, p. 66. 'Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente y apremiante que Él la lleve a termino'.
- ¹³⁹ *Opere di sant'Agostino*, "Esposizione sui Salmi", I, tr. por Vincenzo Tarulli, Roma 1967, "In Ps. 34", p. 712. Ver También: *Obras de San Agustín*, "Enarraciones sobre los Salmos", 1, tr. por Balbino Martín Pérez, Madrid 1964, "Sal. 34", 16 v. 27-28, p. 550.
- ¹⁴⁰ *Opere di sant'Agostino*, *Ibid.*, "In Ps. 37", p. 861. Ver También: *Obras de San Agustín* (ver nota 139), "Sal. 37", 14, v. 10, p. 667.
- ¹⁴¹ Juan Climaco, *Escalera Espiritual*, tr. por Teodoro Martín, Salamanca 1998, grad. 27, p. 228.
- ¹⁴² Juan Casiano, *Conferenze spirituali*, tr. por Ovidio Lari, Alba 1966, I, Conf. 9,6, p. 378. Ver también: Sources Chrétiennes, 54, Paris 1958, p. 47.
- ¹⁴³ Sant., I, p. 344-346 ; Juan Casiano, *Ibid.*, Conf. 10,7, Alba 1966, p. 425. Ver también: Sources Chrétiennes, 54, Paris 1958, p. 80.
- ¹⁴⁴ Ver: nota 53.
- ¹⁴⁵ Sant., I, p. 354.
- ¹⁴⁶ Gregorio de Nisa, *Vie de Moïse*, trad. Jean Daniélou, Sources Chrétiennes, 1ter, Paris 1968, p. 105. PG, 44, cl. 298-430.
- ¹⁴⁷ Ver nota 135
- ¹⁴⁸ Ver nota 136
- ¹⁴⁹ Salmos 35 (36), 9. "Se nutren de la envidia de tu casa, le das a beber del torrente de tus delicias".
- ¹⁵⁰ Sant., I, p. 355-356.
- ¹⁵¹ André Molien, artículo "Bérulle (Cardinal Pierre de)", *Dictionnaire de Spiritualité I/2*, Paris 1974, col. 1559-1562.
- ¹⁵² Hacia el 1612 escribió: *Élévation (à Jésus sur ses principaux états et mystères, à la Trinité sur le mystère de l'Incarnation, à Dieu en l'honneur de la part qu'Il a voulu donner à la V. Marie dans le mystère de l'Incarnation)*.
- ¹⁵³ Albert Cherel, *Rancé*, Paris 1930, p. 115.
- ¹⁵⁴ Pierre Le Nain, *Vie de M. de Rancé*, Paris 1719, t. 2, p. 486.